

DIARIO

Decano de
la Prensa
de Cuba

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America.

Habana 11 de Junio, 1939



M. Panovka

**LA HAVANESE de la
Condesa de Merlin**

POR. el
Dr. Benigno Souza



“La Havane” de la CONDESA de MERLIN por el Dr. Benigno Souza

Monsieur
 Monsieur Chasles

Mars 30

Vous m'avez écrit par votre lettre
 que vous n'avez pas le temps de
 me répondre et que vous êtes
 très occupé. Je comprends tout
 à fait et je ne vous en fais
 aucun reproche. Mais, je
 suis sûr que vous ne serez
 pas en mesure de me répondre
 avant quelques jours.

Je vous prie de m'excuser
 pour ce retard et de croire
 que je vous envoie mes
 sentiments les plus distingués.

Je suis, Monsieur Chasles,
 votre dévoué serviteur
 et ami
 M. Merlin

Monsieur Chasles

Je vous prie de m'excuser
 pour ce retard et de croire
 que je vous envoie mes
 sentiments les plus distingués.

Je suis, Monsieur Chasles,
 votre dévoué serviteur
 et ami
 M. Merlin

Compárense estos dos documentos. A la izquierda: la nota dirigida por la Condesa de Merlin a M. Chasles, que figura en el libro de Domingo Figarola Caneda; y, a la derecha: la pretendida carta de Mercedes Santa Cruz, Condesa de Merlin que se inserta en el libro de Augusto de Figueroa. No es necesario ser muy lince en cuestiones de caligrafía para deducir inmediatamente la imposibilidad de que una sola mano haya podido ser la autora de ambos documentos.

DE la obra, que lleva este título, escrita por nuestra paisana la Condesa de Merlin, gran parte de ella primero publicada por el periódico «La Presse», de Emilio Girardin, marido de su íntima amiga Delfina Gay y después impresa en París, tres tomos en octavo, de esta obra no existe otra traducción al español, de autor anónimo, que aquella prologada por la excelsa camagüeyana, nuestra gran poetisa, la señorita entonces, Gertrudis Gómez de Avellaneda. De esa traducción, reimpressa en la Habana, y muy incompleta, ha sido suprimida la versión de los tomos primero y gran parte del tercero. En aquél la espiritual viajera recoge sus impresiones sobre New York, Filadelfia, Washington, y nos ofrece sobre el pueblo de los Estados Unidos, de hace casi un siglo, de hace noventa y nueve años justos, y sobre aquellos rudos y prácticos norteamericanos, sucinta relación y pintoresco cuadro, visto al través de su refinada educación europea y de su exquisita cultura artística.

Dan interés a este primer volumen de «La Havane» sus reflexiones mordaces algunas veces, en otras, no muy justas, y su juicio, acertadísimo

en ocasiones, sobre las costumbres propias en aquel tiempo de nuestros vecinos, y que tan poco difiere en ciertos aspectos de las actuales, agriamente tachadas por viajeros y observadores en sus libros sobre la moderna sociedad americana.

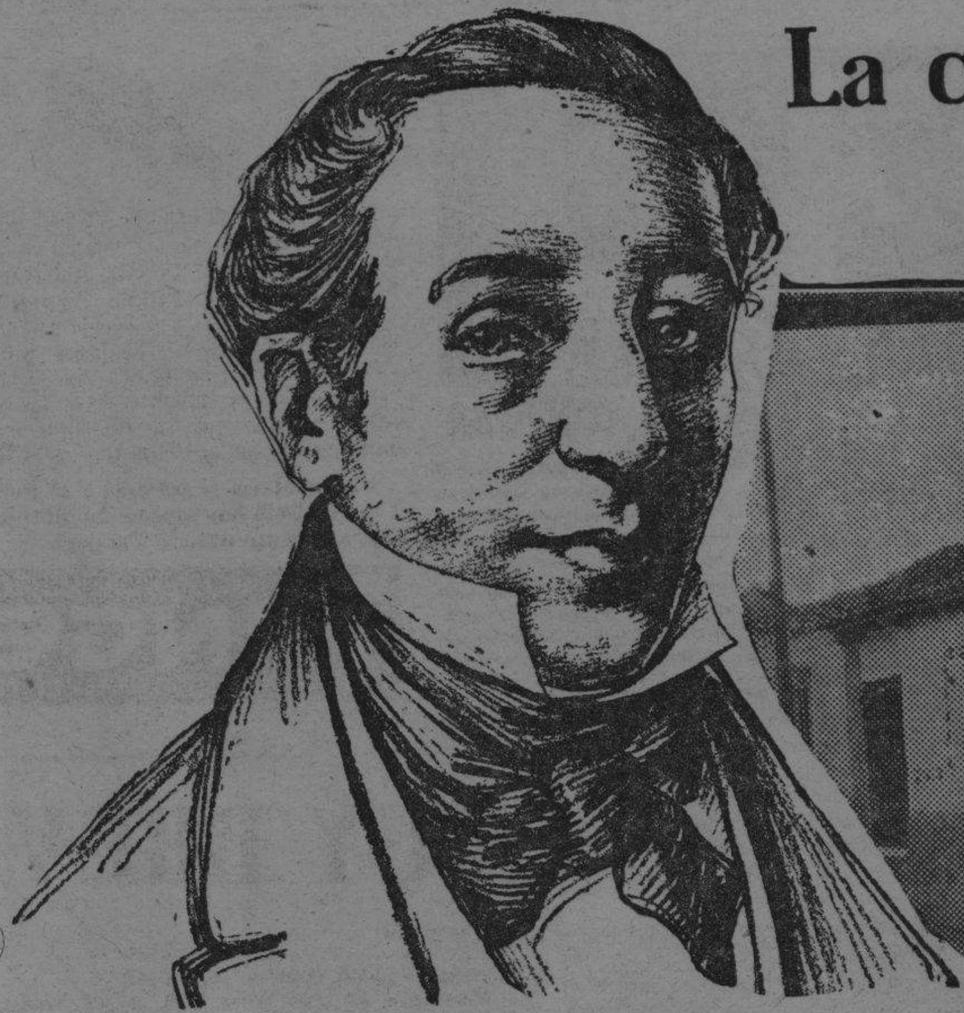
Nuestra bellísima paisana, transportada en unos días desde los alegres bulevares de París, desde su romántico y satinado salón de la calle de Bondy, hasta las sucias calles del New York de antaño, profuso entonces en fango y en casas de madera, nos interesa con sus rápidas notas recogidas aquí o allá y parece increíble que este asunto no haya provocado entre nuestros escritores del pasado y de ahora, el natural deseo de verterlos al español y así divulgar el efecto que a María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo causara ésta su visita a Norte América, con tanto merecimiento para conocerla como lo tiene para nosotros aquella que hiciera a su tierra natal, después de su larga ausencia. Por fortuna, uno de nuestros positivos valores, uno de los jóvenes que más y mejor conoce nuestro pasado, el doctor Eligio de la Puente, viene a llenar este vacío con la pronta publicación de la obra «La Havane»

El viaje a la Habana tuvo lugar en el año de

1840 y Madame la Condesa de Merlin embarcó en Douvres el día 15 de abril, un martes, pasajero coloso de los mares de aquellos tiempos, el **Eastern**, el **Grande del Este**, si se me permite la traducción literal o **Grande Oriental**, como lo son otros. Por cierto que hemos leído en algún lado sobre la Condesa de Merlin, no recordo dónde, que tomó pasaje también en ese día en New York, en el mismo barco Fanny Elssertal motivo, en homenaje a la bailarina se le dio el nombre, que hasta entonces tenía el vapor, el de **Great Eastern** por el de **Fanny**. No sé a quién se le pudo ocurrir semejante patraña, porque, si efectivamente la bailarina austriaca fué pasajera del **Great Eastern** en su viaje, jamás aparece en los anuarios del Lloyd de Londres registrado semejante cambio de nombre. El **Great Eastern** sólo se llamó de dos maneras: bautizó primero **Leviatan** y después **Great Eastern** nombre que conservó hasta que fuera desmenuado y vendido como hierro viejo en los muelles de Liverpool en el año de 1888. Así pues, nunca se llamó Fanny Elsser, como tampoco nunca para el **España** o el **Orduña**, La Chelito o La Polla.

La casa natal de Heredia

-Apuntes para la historia-



Fachada de la casa natal de Heredia. Al lado: uno de los retratos del gran poeta.

DA carácter de oportunidad a las presentes líneas, la circunstancia de haberse celebrado, recientemente, en nuestra República, la «Semana Herediana», en conmemoración del primer centenario de la muerte del gran lírico que tuvo por cuna la ciudad de Santiago de Cuba.

Carentes de toda artística belleza, pues quien las escribe tiene la virtud de conocerse a sí mismo, y no ha de incurrir, por tanto, en vanas pretensiones; son no más estas líneas meras *apuntaciones* para consignar noticias que otros puedan aprovechar, corrigiéndolas o ampliándolas como lo merece el inmenso poeta oriental, referentes a los trabajos realizados por la «Junta de Heredia» en la citada ciudad de Santiago de Cuba, para adquirir, como adquirió, la casa que tiene el especial privilegio de ser la que recogió el latido primero de su corazón y la en que alumbró la primera aurora que apareció en el cielo de su agitada existencia.

Muchas fueron las circunstancias que ahogaron, en épocas anteriores a la constitución de esa Junta, el anhelo de erigir un monumento a la memoria del glorioso poeta en la capital de Oriente, siendo las principales su ardiente patriotismo y sus conatos de rebelión contra el gobierno de España, y el temor, de suyo justificado, que abrigaban los que idearon la noble empresa, de ser objeto de sospechas y persecuciones.

Ni aún después de la paz del Zanjón, que parecía indicar una nueva etapa para la infortunada patria cubana, pudieron encontrar momento propicio los iniciadores de ese homenaje, para realizar sus trabajos, pues el movimiento político del 26 de agosto de 1879, que restableció el imperio del terror, hizo fracasar todo intento; fracasó que alcanzaron, también, advenida ya la paz, las entusiásticas actuaciones del señor José Martínez Badell, primero, y más tarde, las del señor Sebastián Cos Domínguez, debido, como hemos dicho, a ese mismo temor, por no haberse fundado en el país, a pesar de las promesas que se hicieron, restablecido el orden, un sistema de gobierno, de procedimientos liberales, que pusieran a cubierto de peligros, a los que simpatizaban con esa idea.

Pero llegó un día.

¡Qué día más feliz para los que aún mantenían vivo en el alma el patriótico deseo!

Fué el 28 de octubre de 1889, en que, por iniciativa de los señores Joaquín Tamayo Izaguirre, Enrique Valdor Ruiz y el coronel del Ejército Libertador Federico Pérez Carbó, se dió el primer paso en firme, reuniéndose bajo la presidencia de los mismos, en el domicilio del señor Emilio Bacardí Moreau, casa marcada con el número 12 de la calle baja de la Santísima Trinidad, hoy General Portuondo, los señores Virgilio Porro, Rafael P. Salcedo, Bruno Carbonell, Agustín Fernández de Granda, Eduardo Yero Boudén, Manuel Planas y Tur, José Martínez Badell, José Calasanz Oduardo, Aquilino Masó, Antonio Serrano, Agustín Lafourie, José Roger Pérez, Alfredo Antonetti, doctor

Ambrosio Grillo Portuondo, Ramón Bustillos, Santiago Olivera, Vicente Pujals y Puente, José Berenguer Toca y el ya citado señor Bacardí.

El acto resultó altamente patriótico y enaltecedor, y en él, después de entusiásticas palabras, acogidas con aplausos y gran regocijo, se acordó adquirir en propiedad, para fundar en ella un establecimiento docente, la casa donde vino al mundo José María Heredia, situada en la calle alta de la Catedral número 6, y colocar, en la parte exterior del edificio, una lápida conmemorativa.

Para dar carácter legal a la «Junta de Heredia», fué nombrada, por aclamación, en ese acto, la siguiente Directiva:

Presidente, Eduardo Yero; Vice, Dr. Magín Sagarra; Vocales, Ignacio Casas, Joaquín Tamayo, Antonio Serrano, Francisco de Mas y Otzet, Enrique Valdor, Agustín Lafourie, José Calasanz Oduardo y Manuel Planas y Tur. Tesorero, Agustín Fernández de Granda; Secretario, Federico Pérez Carbó, y Vice, José Martínez Badell.

Esta Directiva tomó posesión el día primero de noviembre del mismo año 1889, y fué su primer acuerdo adoptar medidas para recolectar fondos dentro y fuera de la Isla, al objeto de llegar cuanto antes a la realidad de tan hermoso y patriótico proyecto. Así, para el exterior, fueron nombrados los siguientes Delegados: en Nueva York, José Martí, Nicanor Bolet Peraza, Néstor Ponce de León y Enrique Trujillo; en Méjico, Pedro Santacilia, Nicolás Domínguez Cowan y Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt; en París, Enrique Piñeyro y José María Heredia, y en Bogotá, Rafael María Merchán.

Independientemente de los trabajos que se realizaban para la obtención de numerario, los citados señores Tamayo, Valdor y Pérez, realizaron gestiones para obtener, como obtuvieron, el cambio de nombre de la calle de la Catedral, por el de Heredia, que ostenta desde entonces, colocándose las planchas que debía sustituir aquél por éste, el día 4 de noviembre del ya citado año.

La unificación del sentimiento público en pro de la idea era positiva y alentadora; como entusiástica y hermosa la campaña que desde las columnas de «El Triunfo», dirigido por el preclaro bayamés Eduardo Yero, y las de «El Bien Público», por el catalán Francisco de Mas y Otzet, de gran ascendencia personal, hacían ambos, ofreciendo, así, el bello gesto de que si los cubanos hicieron del patriótico movimiento una cuestión de honor, los peninsulares, aun en medio de las agitadas pasiones políticas que a la sazón dividían a la opinión, se unieron a aquéllas sin reservas, para cooperar a que al poeta rebelde más exaltado de la colonia, se le pudiera rendir el homenaje que tan simpático eco encontró en todos los corazones.

Bajo tan buenos auspicios, la comisión ejecutiva se puso al habla con el Lic. Sr. Urbano Sánchez Hechavarría, representante legal de las menores hijas del

señor Juan Francisco Limonta y Jústiz, residente en Madrid, y se convino en darle por precio de la cantidad de DOS MIL SETECIENTOS SETENTA Y NUEVE PESOS, OCHENTA Y CUATRO QUINTO CENTAVOS, libres de todo gasto; y con la señora Dolores olás Castillo, también condeña, CINCUENTA Y CINCO PESOS, VEINTE CENTAVOS, por su menor parte. Esta entrega debía ser mediatamente, según contrato que se perfeccionó el notario Sr. Manuel Caminero y Ferrer, el día 15 de diciembre de 1889; pero como llegara el año siguiente sin que, por falta de numerario, hubiese sido posible cumplir lo pactado, y, por tanto, hacer la entrega del dinero, el Lic. Sr. Sánchez Hechavarría, apremiado por el padre de las referidas menores, que ya le había concedido una prórroga, se vió impelido a solicitar de la Comisión el pertinente plazo de tres días para el cumplimiento del contrato o, en otro caso, su suspensión. La situación era crítica. Tal parecía que los esfuerzos, toda la buena voluntad puesta al servicio de los mejores anhelos por obtener la casa, caían al soplo de las adversidades, y que la memoria del triste proscripto cuyas cenizas no se encontraron calor en su amada patria al suave de las palmas por las que tanto suspiró, no se a poder rendir ni siquiera, ese póstumo homenaje no fué así. Un cubano meritísimo, el señor Magarra, conjuró el conflicto, dando a préstamo, por un terer alguno, la cantidad necesaria para el pago de la suma que debía entregarse; y el día 24 de febrero de 1893 pudo la «Junta de Heredia» formalizar escritura de compraventa, ante el citado notario Caminero y Ferrer, y, en 11 de noviembre del mismo año, libre dicho inmueble de todo compromiso, haberse entregado al señor Sagarra el dinero que bondadosamente facilitó, entrar en la plena posesión y dominio de la casa que tantos desvelos había adquirido.

Pero digamos algo más.

Realizadas en el edificio las reparaciones necesarias para evitar su ruina total, debido al estado de abandono en que había permanecido por mucho tiempo durante los cuales estuvo sirviendo de hospital para esclavos, obras que se llevaron a cabo por la intervención del Lic. Sr. Sánchez Hechavarría, por el que aún la Junta el dominio de la casa, fué en el frontispicio la lápida conmemorativa al día del sábado, 19 de abril de 1890, ajustada a un contrato de hierro fundido que amablemente regaló la Compañía del Ferrocarril de Sabanilla y Maroto, hoy Cuban Rail Road Co. Dicha lápida fué el obsequio del señor Nicolás Valverde, sastre y sastre, muy entusiasta y culto, establecido en los fuegos, siendo llevada a Santiago de Cuba, por el inolvidable violinista, también santiaguero, señor Fuentés Matóns.

Esa lápida contiene esta inscripción:
«Aquí nació y vivió José María Heredia, 1803-1830».

Puede decirse, sin faltar con ello a la verdad, que a este empeño de comprar la casa, contribuyeron, en más o menos proporción, pero animados todos del mejor deseo, el Ayuntamiento, la Diputación Provincial, las sociedades de recreo, los gremios, corporaciones, logias masónicas, el clero católico, las escuelas y academias; en fin, todo Santiago de Cuba.

En cuanto se refiere al exterior, hay que recordar a Merchán, en Colombia; a Domínguez Cowan, en Méjico; a Martí, en Nueva York, y a Hilario Cisneros en la Habana; sin pasar por alto el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños y el Liceo de Guanabacoa.

Como hermoso y brillante compendio de los actos celebrados en la capital de Oriente para nutrir la recaudación, recordemos la espléndida velada ofrecida en la noche del 7 de marzo de 1890, en el entonces «Teatro de la Reina», que hoy lleva el nombre de la región gallarda «que el Cauto baña en su giro»; en la cual velada tomó parte lo más distinguido de la sociedad santiaguera. La organización hábil y la acertada elección del programa, es gloria que debe adjudicarse a los señores Eduardo Yero, Rafael P. Salcedo, Francisco de Mas y Otzet y José Martínez Badell; gloria que fueron admirables copartícipes, por su actuación brillante en el memorable acto, las señoras Rosalía Herrera de Graham, Sofía Proszynska de Mas, Cansino de Beola y Celimendi, y los señores Luis Durocq, el gran pianista, Fuentes, Vallejo, Noreña, Marín Varona, Mariano Salazar, Coto, Liberato Dalmau y Toral, y los artistas de la compañía de zarzuela de Pro y Azcue.

Y si esta velada ha de hacer época siempre en los anales de la ciudad cuna del glorioso Heredia, no debemos olvidar que la Delegación de la Junta, en la ciudad de Nueva York, llevó a cabo una en extremo excelente, en «Harmand Hall», el sábado 20 de noviembre de 1889, dirigida por Martí, Enrique Trujillo, Rafael de Castro Palomino y Benjamín J. Guerra, en la que tomaron parte distinguidos literatos y poetas como Francisco Sellén, Luis Alejandro Baralt, Félix Fuentes y Manuel Barranco. En aquel acto vibró el genio oratorio de Martí.

Así, a grandes rasgos, quedan señalados los principales aspectos del movimiento en pro de la recaudación, dentro y fuera de la Isla.

Demos ahora los últimos toques a esta reseña.

El domingo, primero de mayo de ese mismo año 1890, en vísperas del quincuagésimo primer aniversario de la muerte del poeta, fué abierta al público su casa natal; y puede afirmarse que todo Santiago de Cuba, en una como demostración de simpatía al ilustre desaparecido, desfiló por ella en peregrinación patriótica, admirando, de paso, el bello óleo del poeta que por vez primera se exhibía; cuadro alegórico de gran tamaño, obsequio de su autor, el maestro en el divino arte, José Uranio Carbó, que fué luego Director de la Academia de Dibujo que allí se estableció, y que, en la actualidad, es Academia de Bellas Artes.

Inspirada la Junta en los nobilísimos propósitos de completar el pensamiento de los iniciadores, creando una biblioteca u otro establecimiento análogo que fuera digno de la memoria de Heredia, frustóse tan halagüeño propósito, al surgir la epopeya del 24 de febrero de 1895; y de nuevo estuvo la casa del gran lírico a punto de desaparecer; pero los señores Ignacio Casas, Agustín Fernández de Granda, Emilio Bacardí, José Martínez Badell y José Carbó, salvaron el precioso monumento, defendiendo con honor y valentía los derechos de la Asociación, parando a tiempo el golpe que la maldad política preparaba.

Así se pudo conservar para la posteridad la casa en que nació el inmortal Heredia, cuya vida, como expresa el doctor Vidal Morales, «no es sólo para los cubanos el nombre de un poeta insigne; del primer lírico americano cuyo puesto está inmediato al de Quintana; sino que es el símbolo, la bandera revolucionaria, la estrella solitaria en el diáfano y puro cielo».

Digamos ahora, para terminar, que la «Junta de Heredia» dió por finalizada su labor, en memorable sesión del día 30 de noviembre de 1902, bajo la presidencia de don Virginio Porro, en la cual sesión se tomó el acuerdo, entre otros, de hacer entrega al Ayuntamiento de la casa histórica, en virtud de carecer de fondos necesarios para el sostenimiento de la misma. Dicha entrega se verificó por escritura pública, y bajo las condiciones que en ella se consignaron, según puede verse por el atestado que sigue:
«PORFIRIO CARCASSES Y GARCIA, Notario Público con fija residencia en esta capital de Provincia:

DOY FE. Que en esta fecha, y por ante mí, bajo el número de orden doscientos noventa y ocho, se ha otorgado la escritura de trasmisión que por prescripción reglamentaria hace la «Junta de Heredia» al Ayuntamiento de la Ciudad, de la casa de Heredia, bajo las condiciones siguientes:



LA BESA

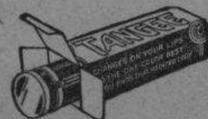
... pero no pudo.

Perdió todo su entusiasmo al notar los labios de ella recargados de pintura... El quedó disgustado—y ella, mortificada—pero no vencida... Al día siguiente, él quiso besarla pero ella no lo permitió (¡al principio!)



LE CONFIESA

que también esa vez sus labios estaban retocados... Simplemente cambió un lápiz por otro ¡pero! ¡que diferencia! Con el lápiz de antes, sus labios se veían pintados. Con Tangee, quedan avivados, encendidos, pero siempre de aspecto natural... ¡como gustan a los hombres!



Causa sorpresa al usar Tangee por primera vez. Y luego admiración. Usted ve que pasándose ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vívido lo da el nuevo Tangee «Theatrical.» ¡Y siempre luce usted «naturalidad» que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee («Natural» o «Theatrical»).

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

PRIMERA: Que la referida casa, marcada con el número seis de la calle alta de Heredia, en esta población, no pueda gravarse, venderse ni dedicarse a otros usos que para establecimiento docente.



Interior de la casa donde nació Heredia, en Santiago de Cuba.

SEGUNDA: Que se conserve, en todo tiempo, la fachada de la casa, tal como hoy existe, quedando obligado el Ayuntamiento a reedificarla, en caso de destrucción por fuerza mayor, de modo que ostente siempre su forma actual.

TERCERA: Que para la restauración del edificio, ha de consignarse, en el Presupuesto Municipal, anualmente, cierta cantidad.

CUARTA: Que el retrato al óleo del esclarecido bardo José María Heredia, y otro al creyón, regalado por el hijo del insigne cantor del Niágara, se mantengan, en todo tiempo, en el salón principal de la casa, a fin de que den nombre a la Academia que en ella se establezca.

Santiago de Cuba, veintiocho de diciembre de mil novecientos tres. PORFIRIO CARCASSES».

Pero aun así, hay un hecho insólito que demuestra hasta dónde la fatalidad o la desgracia perseguía a esa que debe ser, en todo tiempo, reliquia sagrada para los cubanos. Cuando parecía que la casa natal del gran lírico estaba asegurada contra las tempestades políticas, por haber advenido la República, he aquí que el caótico período de fines del año 1933, puso en peligro la hermosa labor de tantos esfuerzos coaligados, pues todo Santiago de Cuba contempló con amargura y tristeza; con horror e indignación, como esa casa fué invadida por un grupo de demagogos, que, aparte otros actos reprobables, intentó, inclusive, ¡pegarle fuego! ¡Y hubiera sido pasto del voraz elemento, si a tiempo no acuden las autoridades y bomberos!

¡Y pensar que todo se realizaba en nombre de la revolución y de la democracia!...

Queden, pues, aquí, estas líneas, como débil y melancólico recuerdo al poeta bien amado, en esta hora en que, según dijo en memorable discurso el gran Manuel Sanguily, «creemos deber juntarnos para honrar en un hombre que murió hace medio siglo, el genio, la patria y la poesía».

¡Danos, oh padre, conforme exclamara el Apóstol Cubano, virtud suficiente para que nos lloren las mu-

MUY BREVES

En el Club:

Juan:—¿Qué cosa es un bigamo?

Manuel:—El que tiene una mujer más de lo que debería.

Coro de maridos:—Entonces todos somos bigamos (Jugend).

La celosa:

—¿Habla su marido durante el sueño?

—No, doctor, el maldito sólo se sonríe y eso es lo que me desespera.

(Schweicher Illustrierte Zeitung).

Suficiente:

Madre:—Me encontré con Juan, ese amigo que tanto te corteja. Conversamos largo; le dije que yo era exactamente como tú cuando tenía tu edad.

Hija: (suspirando):—Sí; ya entiendo. No me ha vuelto a ver desde que conversó contigo...

(Die Woche).

Necesidad:

El jefe de la oficina ha dicho un chiste delante de su personal. Todos se ríen mucho menos Juan.

—Noté que a usted no le gustó mucho mi historietita, dijo a Juan momentos después.

—Ya no tiene por qué gustarme, mañana me retiro de la firma.

(Judge)

Cosas de Dora:

Dora la no muy lista ha ido al Hipódromo.

—¿Para dónde corren los caballos —pregunta a su amigo.

—A la meta, Dora, es que el que llegue primero gana 5,000 pesos.

—¿Y los demás cuánto ganan?

—Pues nada, Dora.

—Y entonces ¿para qué corren?

(Sie Undt)

Británica:

—¿Cómo se las ha manejado usted con el idioma?—pregunta un alemán a un inglés que ha vivido largo tiempo en una pequeña ciudad de Sud América.

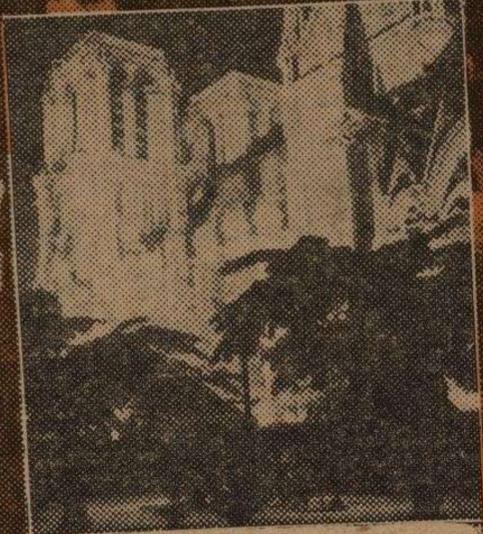
—Es terrible, —responde el inglés— hace cinco años que vivo con esta gente y todavía no he logrado que aprendan inglés.

(Kladderadatsch)

eres de nuestro tiempo, como te lloraron a tí las mujeres del tuyo; o haznos perecer en uno de los cataclismos que tú amabas, si no hemos de saber ser dignos de tí!».

Miguel J. Rodríguez

La Habana, mayo 17 de 1939.



Sobre la piedra centenaria de Notre Dame, un manto de luz le comunica nueva belleza.

Napoleón, sobre la Columna de Vendome, en plena orgía luminosa de París.

TORRENTES DE LUZ EN LOS "QUARTIERS" PARISIENS. — PARIS LUCHA CON LAS SOMBRAS DE LA NOCHE EN SUS CUATRO PUNTOS CARDINALES. — MONTMARTRE, TRIUNFO DE LA LUZ, DE LA ALEGRIA Y DEL COSMOPOLITISMO. — EL TRISTE REVERSO DE LA MEDALLA. — LOS CAMPOS ELISEOS, EL BULEVARD SAINT-MICHEL

LA VIDA ALEGRE DEL PARIS Nocturno

Por RENATO VILLAVERDE

LAS noches de París! He aquí una expresión mágica que nos hace latir el corazón un poco vertiginosamente. Para los que en suerte nos ha cabido conocerlas, como en un cinematógrafo, desfilan las impresiones vividas bajo sus bombillas eléctricas. El torrente de luz, de pronto, en los distintos barrios, derrocha su lumbré. La Plaza de la Estrella, los Campos Eliseos, la superficie encantada de la Concordia, los Grandes Bulevares, Montparnasse, el Barrio Latino, Montmartre... Pupilas de vida que velan sobre la ciudad dormida. Huracanes de pasiones, de cosmopolitismo, de locuras, de alegrías y tristezas.

El París que cabrillea por las noches no puede compararse a ninguna otra ciudad del mundo. No tiene la grandiosidad del Broadway fascinante de Nueva York; ni la claridad uniformemente pálida de las calles de Berlín; ni el brillo mortecino de los focos de Londres, arropados su halo de niebla; ni las opacidades de una Roma que se acuesta temprano, añorando a Suburra, por disposición de Mussolini; ni las románticas canciones que se filtraban entre sosegadas antorchas de las avenidas vienesas; el encanto de Budapest, reflejando en las quietas aguas de su azul Danubio la colina milenaria Buda y los suntuosos hoteles y los grandiosos palacios de Pest. París posee, sobre las características de estas ciudades que acabo de citar, la originalidad de ser un mosaico de luz.

En ocho o diez sitios distintos se juega cada noche una mala pasada. Hay gradación en los islotes de luz. El fin siempre es el mismo: vertirse bajo el resplandor de las estrellas. Pero el boato de la forma mucho varía. En todos los puntos las sonrisas se venden, pero sus precios fluctúan en escala fantástica. Sus "habitués" hombres y mujeres—se visten con galas de fantasía. ¡Qué diferencia entre las sedas y los abrigos de pieles que desfilan por los Campos Eliseos, y los tipos bohemios que pueblan el Boulevard Saint-Michel, espina dorsal del París nocturno!



Una perspectiva del Arco del Triunfo

Latino! Pero qué importa la forma cuando el fondo es el mismo.

Quizás donde el compolitismo de clases se marque más intensamente sea en el laberinto de Montmartre. En la colina embrujada de las disipaciones nocturnas, los cabarets se hacinan por centenares. Los hay para todas las extravagancias y para todas las posibilidades. Desde cuarenta a trescientos francos por botella, el champagne se cuele por los gznates y expande su euforia en el receptáculo de los cerebros.

Por eso, la colina del pecado es única sobre la tierra. De ahí su cosmopolitismo y los prestigios de su celebridad. En las cinco partes del mundo hombres y mujeres sueñan, en sus horas febriles, con una noche en Montmartre. Muchos realizan su ensueño. Tal es la causa de que sus cabarets sean como lentejuelas en que se palpan todas las latitudes, en que se escuchan todas las lenguas, en que se observan las reacciones de las más variadas idiosincrasias, dándonos la sensación de hallarnos en una nueva torre de Babel en la que, sin necesidad de entenderse, todos se comprendieran. Así, en la penumbra de sus cabarets repletos de sensualismo, vemos mil mujeres de otros climas: alemanas que nos cuentan de leyendas del Rhin; italianas que saben de mediterráneos tras sus pestañas oscuras; griegas que reviven la añeja Atenas en sus naricillas trazadas a cordel; las pálidas suecas—sol de medianoche—con sus pupilas encendidas, vibrantes al conjuro del amor, desmienten la majestad de los "fiords" helados; las inglesas, enfundadas en sus trajes sastre, muestran la carne dura de sus pantorrillas de campeonas de tenis; las granadas frescas de las bocas españolas hablan de un puñal moro y de la venena preñada de claveles y de rasgueos de guitarra; la argentina cimbreante, tostada por el sol de la pampa, planta el ombú en el corazón de Montmartre; el infinito se sondea tras los mirados ojos de las japonesitas; las chinitas encaje, caminando como gorriones, enroscan el ebano de sus trenzas en peinados occidentales; entre todas ellas, la mujer de Francia.

Pero no todo en Montmartre es hiperestesia, bellino, lujo y disipación. La vida clava también en su zarpa entre sus mariposas desquiciadas. Quizás en ningún otro lugar de París, el dolor arrastre, se agazape y se tiña de risas como los oropeles de la colina del pecado. Si levantamos el albayalde que cubre su alegre fisonomía, veremos un mundo de ruines pasiones en el crimen, el robo y el odio bailan una macabra zarabanda. La risueña epidermis del famoso Montmartre es un velo ficticio, tendido a



El Arco del Carrusel, al final de los Campos Elíseos, en una esplendente noche de París.

modo de hipócrita túnica, para entretener las horas fugaces del visitante de ocasión. La patria del cabaret es redoma de amargas tragedias que destila gota a gota el verano de una alquimia saturnal. El reino de las grandes pecadoras y de los esbeltos gigolós está empedrado de miserias profundas. Allí, donde el dinero es triunfo casi imbatible, la ley de la oferta y la demanda sienta sus reales. Su tinglado es bello, pero sus bambalinas—como todas las bambalinas—presentan Pero tales miserias nada importan. Sólo son conocidas por aquellos que de Montmartre hacen oficio y no disipación.

En todas las peñas de luz de París sucede lo mismo, poco más o menos. En Montparnasse también, aunque más en pequeño, se peca, se ríe y se intriga. Los Grandes Bulevares—el gran gu-

sano fosforescente—conducen por sus anchas aceras al público bariolado que brota de sus teatros y de sus cafés. Los Campos Elíseos—duplicado más exclusivo de los Bulevares, si bien se aburguesan por instantes—deslizan una existencia frívola e insustancial.

Los recodos luminosos del París nocturno, tienen un encanto que se arraiga profundamente. El amor campea bajo sus focos eléctricos. Es una fantástica rueda de sensualismo, plagada de sucursales iguales y diferentes, en que los besos toman la plaza del lino. Quizás por ello, Napoleón—gran guerrero, gran amante y gran conocedor de la capital de Francia—pudo decir, después de la desastrosa retirada de Rusia, en filosofía cínica pero verdadera: "Para reponer estos cadáveres bastará una noche de amor en París"...

CON la conscripción, decretada por Chamberlain, cesará ese sordo y sarcástico murmullo de París: «Inglaterra peleará hasta que caiga el último soldado... francés». Pero la visita de los Reyes a Canadá y Estados Unidos alienta de seguro la circulación de esa frase mordaz que Quincy Howe colocó como título de un reciente libro; es un parafraseo de la consigna de Nelson en Trafalgar y surge por todas partes en Estados Unidos de los labios maliciosamente sonrientes de los que no simpatizan con la política anglófila de Roosevelt: «Inglaterra espera que cada americano cumplirá con su deber».

«LESA MAJESTAD» DEL BUEN HUMOR AMERICANO

Los americanos han sido advertidos de que deben evitar todo acto de «lesa majestad», pero será difícil que el público y la prensa dejen de incurrir en ellos durante la real jornada que va a durar desde el reciente sábado 6 de mayo, en que los monarcas se embarcaron en Portsmouth, hasta el 19 de junio en que partirán desde tierra americana de regreso a sus lares. Es que el buen humor americano es tan incontenible como es grande su falta de familiaridad con los máximos respetos que se deben a las personas reales. En una reciente función del Club Nacional de Mujeres periodistas en Washington, en que todo se toma en solfa, la esposa del Embajador Lindsay de gran Bretaña pasó agonías sentada al lado de la señora Roosevelt que se reía a mandíbula baltiente. Una escena ponía a los Reyes en la embarazosa situación de ser registrados para ver si traían recuerdo de las derrotas americanas a manos de las fuerzas inglesas del general Ross en la guerra de 1812 cuando las tropas reales tomaron a Washington e incendiaron a Casa Blanca. En otra, Jimmy Roosevelt, el hijo del Presidente, le ha ganado la Corona al Rey en una partida de poker y se niega a devolvérsela a menos que le envíe a los duques de Windsor para que le trabajen en una película de la empresa con que Jimmy está conectado en Hollywood; el Rey, finalmente, acepta, declarando: «Así resuelvo dos problemas, recupero mi Corona y me libro de Eduardo y de Wallis». Múltiples comentarios parecidos originaron horrorizadas protestas de la prensa inglesa que no entiende cómo se puede hacer chistes en la persona de los monarcas.

DUELO DE EPIGRAMAS EN LA PRENSA

Desde el punto de vista político-internacional, escritores tan autorizados como Walter Lippman y Boake Carter declararon inconveniente la visita, porque haría aparecer a los Estados Unidos en una alianza, a lo menos espiritual, con Inglaterra. Se dice que el propio Roosevelt no era muy entusiasta, pero Chamberlain estaba decidido y ha de tener sus razones. Cierto que la prensa inglesa y canadiense se esmeran en repetir que la visita a Estados Unidos es sólo un «apéndice» de cuatro días a la verdadera que es el Canadá por un mes justo; pero el significado mundial del acontecimiento no va a encontrarse en Ottawa, sino en Washington.

Hay un sordo duelo de epigramas entre la prensa imperial y la americana. Los diarios de Estados Unidos han subrayado el hecho de que los monarcas vienen en un vapor alemán. Efectivamente, el recién pintado de blanco «Empress of Australia» es el vapor alemán «Tirpitz», que Alemania cedió a Inglaterra como parte de compensación de guerra. «Tuvimos que echar mano de lo que pudimos, explicó Chamberlain, pero no está fuera de lugar recordar que los motores del «Tirpitz» fueron hechos en Glasgow».

POR QUE NO VINIERON LOS MONARCAS EN EL «REPULSE»

El Almirantazgo insistió en que los monarcas no usaran el «Repulse» porque es unidad demasiado importante para dispensarse de ella en esa Europa a un brinco de la guerra. El «Repulse», el «Renown» y el «Hood» son los únicos barcos de guerra británicos que pueden dar caza y destruir a los «acorazados de bolsillo» alemanes que andan en estos momentos por el Atlántico. En el mismo caso están sólo el «Estrasburgo» y el «Dunquerque» de la flota francesa, y no se puede debilitar esta escasa unidad de cinco barcos aliados que pueden hacer frente a los misteriosos acorazados alemanes de artillería temible y andares vertiginosos.

El secreto seduce siempre, sobre todo si es fe-menino y mucho más si es de modas. El que ha costado más guardar en esta visita regia es el de los trajes de la Reina. Las autoridades canadienses pensaban con horror en la posibilidad de que la Reina entrara a una sala de recepción y se en-

LA VISITA DE LOS REYES BRITANICOS



contrara con que buena parte de las mujeres llevaban vestidos iguales a los de ella.

UN SECRETO QUE LA SEÑORA ROOSEVELT NO NECESITA GUARDAR

Para evitarlo el ajuar regio se confeccionó como secreto de Estado en los talleres de Norman Hartnell, de Londres, y nadie sabe hasta este momento los detalles de esos vestidos. Pero se supone que apenas la Reina los muestre en Canadá serán copiados por los modistos americanos y ofrecidos por millones en Estados Unidos. Menos mal que la Reina sólo asistirá a contadas recepciones en este país y entre gente oficial y diplomática a la cual no será difícil advertir que deben evitar ese disgusto a la notable visitante. Además Hartnell le ha enviado ya a sus propias modistas a Canadá y Estados Unidos con modelos que ciertamente no son los de la Reina, pero que las compradoras se pondrán dentro de las líneas generales de la moda que esta visita va a lanzar en estos dos países.

La señora de Roosevelt no tiene que ocuparse de tales cuidados porque nadie copie sus vestidos. Eligió hace poco en Arnold Constable de Nueva York ocho de los que llevará durante los eventos reales y se retrató con ellos. Al día siguiente no había diario en Estados Unidos que no publicara esas fotografías.

No hay duda, con todo, de que esos veinte baúles con los vestidos de la Reina en el «Empress of Australia» contienen dinamita de la moda y de la diplomacia que va a dar muchos quebraderos de cabeza a los organizadores de la gran función internacional.

EL COMANDO UNICO A CARGO DE CANNING, SCOTLAND YARD

Las damas americanas que habían sudado siguiendo las instrucciones gimnásticas del radio acerca de la manera de hacer las profundas genuflexiones a la Reina, acaban de ser informadas de que han perdido sus afanes. Se ha convenido en Washington que las damas de Estados Unidos no estarán obligadas a esa reverencia; les bastará con avanzar y dar la mano a la americana.

En una reunión con «la prensa» el 25 de abril recién pasado, una repórter preguntó a la esposa del Presidente acerca de los preparativos para el alojamiento de los Reyes en la Casa Blanca. Iba la señora a dar informaciones con la llaneza que la caracteriza, cuando su secretaria le llamó la atención; la Policía Secreta lo había prohibido. Esa policía es doble o mejor, triple pues trabaja en conjunto el Scotland Yard, de Inglaterra, con los detectives del Canadá y de los Estados Unidos. Para concertar esta acción llegó hace ya tiempo a América Albert Canning, jefe del Scotland Yard, quien ha asumido una especie de «comando único» de la ardua empresa. En Canadá las autoridades tienen los nervios de punta con motivo de una serie de sospechosos hurtos

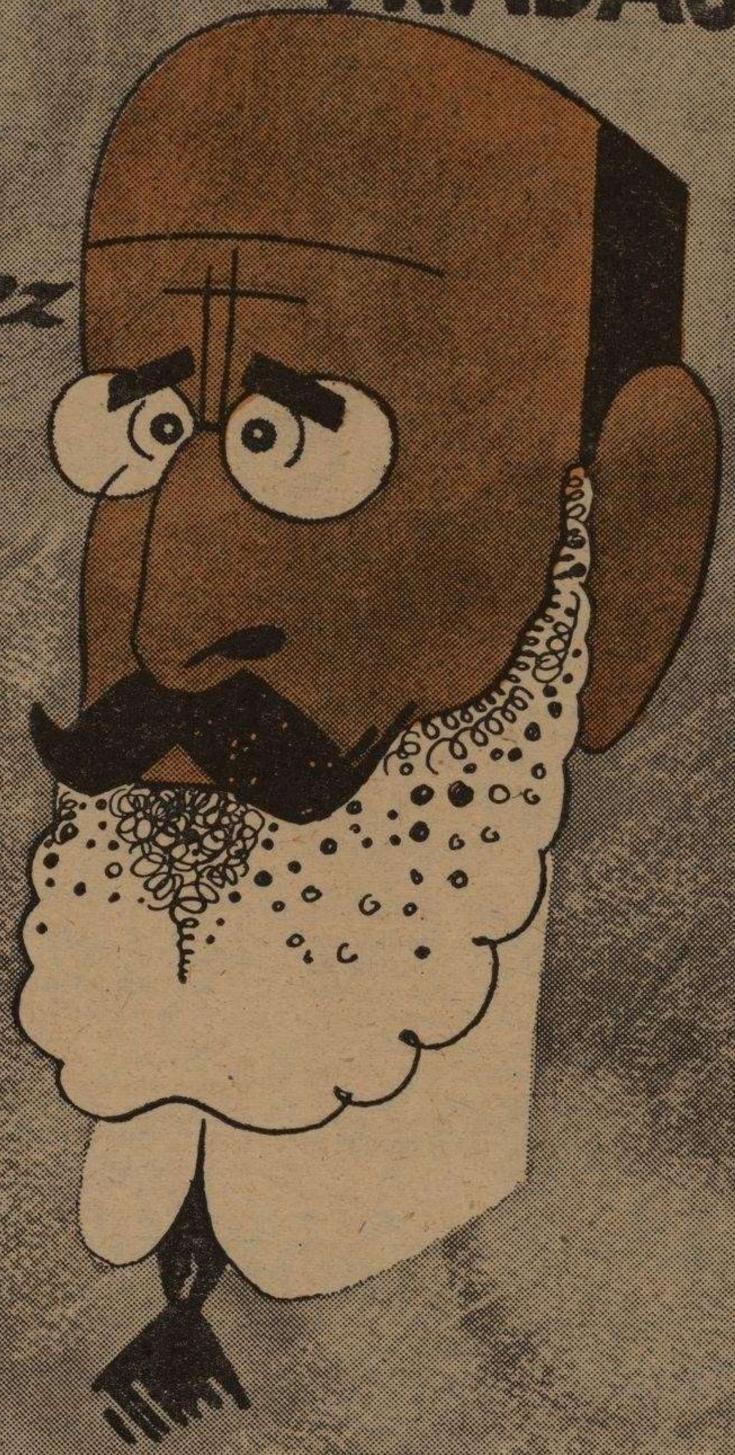
de dinamita descubiertos recientemente. Son muchos, creen, para que no signifiquen algo. En la provincia de Alberta se produjo el mes pasado el primer robo de dinamita jamás ocurrido en esa provincia, 50 kilos del explosivo y 1,000 fulminantes. Así el cuidado de la real pareja está dando lugar a una verdadera movilización en que participan activamente los veteranos de la Guerra Mundial. Para vigilar los ferrocarriles solamente se han destacado más de 5,000 hombres. En cada una de las 54 ciudades que visitarán los Reyes en Canadá habrá servicio regular y voluntario de Policía Secreta.

UN MILLON DE CANADIENSES EN LOS COMITES DE RECPCION

Los Reyes sólo recorrerán la parte meridional de Canadá, que es más grande que los Estados Unidos con sus extensiones hasta el Polo que nadie habita. Llegarán a Quebec, seguirán a Montreal y Ottawa, a muy poca distancia de la frontera de los Estados Unidos, y así continuarán atravesando el continente hasta Vancouver. La vuelta se hará por la línea un poco más al sur hasta Niágara Falls, donde entrarán a territorio americano el 15 de junio. Seguirán a Washington y Nueva York y de ahí al Canadá otra vez donde se embarcarán en Halifax de regreso. De los 17 millones de canadienses, 12 viven en Canadá, el resto en Estados Unidos; se supone que entre canadienses residentes y americanos, no menos de dos millones irán al Canadá para ver a los Reyes. Canadá entera arde en preparativos. Acaso un tercio de la población va a tener la oportunidad de ver a los Reyes por sus propios ojos. Hay centenares de miles de comités funcionando tantos que alguien ha calculado que cerca de un millón de canadienses, hombres y mujeres pertenecen a alguno de esos infinitos comités. Y éstos están abiertos para recibir sugerencias de resto que no está en comités. ¡Y cómo las reciben! Un joven matrimonio de Ontario acompañó su fotografía a una carta para mostrar lo mucho que ambos se parecen a los Reyes y ofreciéndose para reemplazarlos como «dobles» a fin de aliviarles la agobiadora tarea. Los 4,500,000 de franceses-canadienses se han unido de todo corazón al entusiasmo, pero sus rótulos rezan «Bienvenus». Y cómo circulan los rumores. Hay quienes creen en Canadá que Chamberlain insistió en esta visita porque sabe que va a haber guerra y quería que sorprendiera a los Reyes en Canadá para que pudiesen quedarse a salvo allí sin aparecer abandonando a Londres. El énfasis de las recepciones públicas estará en los 2,500,000 niños canadienses a los cuales se les quiere dejar esta impresión imperecedera que trabajará bien para su lealtad futura a la Corona. En una que otra ciudad un niño romperá las filas para entregar un bouquet a la Reina; pero estas «improvisaciones» han sido cuidadosamente preparadas...

COMO VIVE Y COMO TRABAJA

Don Ramón Menéndez Pidal



Un reportaje literario exclusivo, por Miguel Pérez Ferrero



RAMON MENENDEZ PIDAL

ESDE hace más de año y medio, don Ramón Menéndez Pidal está en París. Desde entonces su vida es silenciosa y retraída que se diría oculta. La soledad le ha reconcentrado y a la hora en que podría dispensarse un descanso, lo menos un alivio en su tarea, culmina la actividad de su trabajo. Parece como si no le pesaran los años, luchas, avatares sufridos como personaje de gloria—finiquitada tragedia hispana. ¡Como la resistencia moral y física fuesen inagotables!...

Pocos serán los que desconozcan la aventura de don Ramón Menéndez Pidal a partir de los comienzos de la contienda. La explosión de ésta le sorprende en Madrid, en su «colmena» del Centro de Estudios Históricos, entregado a su labor tan profundamente española como es sacar a flor de conocimiento la historia de los héroes, de las costumbres, de la vida y, sobre todo, del idioma de su patria.

Don Ramón no se engaña al primer golpe de vista en cuanto se plantea el conflicto. No se equivoca precisamente porque está acostumbrado a profundizar en las esencias de su país, de ese país que es, más que

para nadie, la razón de su existencia, la consagración de su existencia misma.

Y hay una anécdota de los primeros días que conocen pocos. De los días de las propagandas sin tino.

Alguien corre a decirle al autor de «La España del Cid»:

—Franco combate con moros en sus huestes. Don Ramón contempla un momento al que le trae la nueva. Le replica con sereno acento:

—Rodrigo Díaz de Vivar combatía con moros en sus huestes para reconquistar España...

En la agitación de aquellos instantes el sabio español vió su obra de tantos años aventada como un montón de cenizas. El también tenía su hueste, era una hueste que se inclinaba bajo las lámparas, sobre los complicados manuscritos; allí los filólogos, los historiadores de las edades, de las épocas especializados en la antigüedad y en los siglos modernos; versados en el arte, en la literatura, en las lenguas. Se dispersaron llevados por el huracán. De un lado unos, del otro los demás. Se esparcían, se dislocaban. pero los mozos y las muchachas no quieren estar tristes.

Un día un ministro comunista le llamó a don Ramón Menéndez Pidal para darle un cargo. No lo aceptó. No podía aceptarlo. Contemplaba el edificio que él había sostenido con su esfuerzo ya en montón de ruinas. Un barco llevó al sabio español a tierras ajenas. No valía el intentar retenerle en una atmósfera que él juzgaba desprovista del aliento de Esepaña.

o o o

En América don Ramón dió cursos, profesó conferencias...

De su palabra iba prendido el pasado de su pueblo, pero también su presente y su porvenir.

A la culminación de su fama volvía el sabio a encontrarse como en años lejanos de aprendizaje y de lucha sólo provisto del valor de su propia personalidad ante sus oyentes.

Y tal vez en esos instantes le invadía más que nunca el recuerdo de su remanso madrileño de trabajo, porque tal vez para él siempre la palabra remanso haya tenido el equivalente de «colmena» ejercitando un poco la paradoja en la Filología.

Recordaba puede ser el gran laboratorio de las ciencias históricas que tuviera que abandonar, con sus grandes secciones y con sus especialistas reputados a la cabeza de cada sección.

También recordaba otras veladas, los jueves, las veladas de la Academia Española. Don Ramón Menéndez cursos en su cátedra. Pero en esos momentos todo estaba lejano y con el mar, el inmenso mar, de por medio.

o o o

Pasado cierto tiempo, sintió la fuerte nostalgia y quiso irse cerca de España a seguir trabajando para España. Vino a París en espera del regreso. En París se hallaban ya miembros de la Academia: Pío Baroja, Azorín, Marañón, Pérez de Ayala, y algunos otros de máximo relieve en España, José Ortega y Gasset, entonces aquejado por doloroso mal. Además se hallaba aquí el Instituto de Estudios Hispánicos como una sombra amada más bien que otra cosa puesto que—¿por qué causa?—extrañamente durante toda la etapa de la guerra civil española guardaba una actitud inhibitoria respecto a los valores hispanos de primer orden, como si pudiera ignorarlos, manifestándose esta actitud chocante en la ausencia de toda petición de concurso, mediante actuaciones o conferencias... Pero estaba la sombra, activa realidad para lo demás ¡y para los demás!

Y no obstante, sobre todo, estaba la Sorbona, la antigua y universal Sorbona, con sus bibliotecas inagotables, con sus fuentes de saber y de investigar en su recinto.

Don Ramón traía prefijado su afán en ella como lampadario de su gran obra.

o o o

Primeros meses de esta etapa de don Ramón en París. Barrio Latino. Calle de Vaugirard, del lado del Boulevard Saint-Michel. Pequeño y modesto hotel Trianon-Palace (el nombre un tanto frívolo para albergar a un historiador del idioma y del medioevo). «La Falouche» recorre ruidosamente las calles. Es la primera «Falouche» que don Ramón presencia en París y pensar en negro porvenir. Naturalmente dominan los franceses, pero se mezclan todos los países, todas las razas que vienen a estudiar donde para nosotros, españoles, estudió Loyola.

«La Falouche» es el nombre de la semana entera de fiestas que precede a las grandes vacaciones de Pascuas. Todo son risas, alegrías, entradas y salidas nocturnas en los cafés bulliciosos, en los «dancings», en los espectáculos, en las tiendas que ornan la gran calzada que va del Sena a la punta del Boulevard Mont-

parnasse, pero especialmente del Luxemburgo al Puen- te de Saint Michel... Algazara en los restaurantes. En suma: juventud.

Cada mañana un caballero vestido de oscuro, que no sabe de fiestas de descanso, sino de grandes fes- tines de labor cruza la ancha vía y da los pasos ne- cesarios que le separan de la Sorbona y su biblioteca. No es un profesor francés: es un sabio español. Ca- mina gravemente. No es alto. Su figura más bien me- nuda, fina y algo triste tiene una gran dignidad. Es don Ramón Menéndez Pidal. Cada mañana, cada tar- de a lo largo de días, de meses, hace lo mismo: se hunde en los libros de la inagotable biblioteca, en los manuscritos, en los raros y preciosos papeles que están a su disposición para que él los estudie, los des- cifre, los goce.

Luego, de vuelta, en el cuarto del hotel, su tarea se reanuda. Todos los días son iguales, pero distin- tos, porque cada día supone un nuevo avance, una nueva conquista para el mundo del saber y para la Historia de su patria.

Hundido en los papeles, en la biblioteca o en el cuarto, de seguro se siente preso frecuentemente de la nostalgia. La familia está al otro lado de los Piri- neos, en España. Y a don Ramón le llega como un rumor de la contienda. Sobre la piel de toro se hace la guerra.

El, precisamente, está repasando, completando, per- filando, unas páginas mágicas de tiempos de guerra. Un héroe, el más maravilloso de todos, cruza Castilla y marcha hacia Valencia. Se llama el héroe Rodrigo Díaz de Vivar. Es el Cid Campeador en su Babieca, con hueste de cristianos y moros que le sigue...

El libro, extensa obra, ha sido ya impreso hace breves años en España, ha visto la luz en los esca- parates y los clasificadores de los lugares de estu- dio, ha sabido de los comentarios y la entusiasta crí- tica, ha merecido la versión en lengua inglesa. Pero ahora no quedan ejemplares del trascendente trabajo y prensas de América han solicitado volverlo a sacar. Don Ramón corrige, acota, suprime, añade, revisa... Las pruebas están dispuestas para ser devueltas. Hasta que van partiendo, todas, por paquetes hacia su destino.

o o o

Este ha sido el proemio, la entrada al trabajo, lo que pudiéramos llamar la toma de contacto con Pa- ris. Mas don Ramón tiene en marcha otra gran em- presa, acaso la empresa más grande de su vida intel- ctual, que es, en absoluto su vida.

Pasan los días, las semanas, los meses... bastantes meses. La existencia es la misma. Cada mañana Euro- pa se despierta con una nueva inquietud, con un nuevo afán, agitada por un vendaval nuevo. Cada mañana, a prima hora, don Ramón se despierta con el mismo afán, renovado, en medio del torbellino, como si su

cuartito de hotel fuese una barca salvavidas que rebo- tase, de una nota, sobre las bravías olas. Del albergue a la Sorbona. ¡Oh, cuánta felicidad los libros, los có- dices, los manuscritos, los documentos! Don Ramón Menéndez Pidal trabaja en algo muy profundo de España, para España, pero que no sólo es de ella sino que se extiende por derecho y gloria al continente de su sangre y su alma.

Don Ramón trabaja en una obra magna: «Historia de la lengua española».

Mas el maestro hace ahora más camino para ir a la Sorbona. No ha abandonado el barrio juvenil de los estudiantes; se ha ido a la sombra de San Sulpicio, a otro pequeño hotel que tiene el rótulo de «Paris-Dinard». Vela como siempre su lámpara hasta tarde. Y las primeras voces de las campanas le sorprenden de nuevo despierto. Su vida tiene igual aparente mono- tonía que de costumbre. Ahí en la Sorbona su tra- bajo es impropio, de gigante. Trabaja solo, completa- mente solo, sin nadie que le alivie en el menudo, más meticoloso, y cuantiosísimo, menester de papelear, de anotar, de rebuscar, de ver, de leer. Se sueña, acaso en días lejanos de duró aprendizaje. Su barba cana lo des- miente, su roseta de la Legión de Honor, que muestra los honores otorgados antes... Y tantas, tantas cosas. ¿Qué parte—nos preguntamos— toma el sueño en la historia? ¿No tomará al menos alguna acción en cuan- to a revestirla?

Pero es seguro que cuando la imaginación tan dis- ciplinada, de don Ramón, se escapa alguna vez a las regiones del sueño, de la evocación, son más cercanas imágenes las que le invaden: Imágenes familiares, en tierra de España, que le ligan, que le alientan, que le animan, aquí, en su impropio y constante trabajo, en su invencible celo.

o o o

¡La guerra de España ha terminado! Hasta el cuar- tito estudiantil de don Ramón llegan los ecos—sin voz—jubilosos. Llegan hasta el recinto inmenso, se- veró, de la biblioteca donde no descansa. Si; ¡la gue- rra de España ha terminado! La historia se repite, aunque cambien los nombres, los personajes, las cir- cunstancias.

Diríase que don Ramón Menéndez Pidal hubiese ya dado su opinión de esta guerra de antemano con cla- rividencia casi de vidente, pocos años antes, al publi- car su «España del Cid». Parece como si ahora con la reedición americana de la obra hubiera querido rati- ficarla.

¡Ya no hay guerra civil en España! Don Ramón forja en largas jornadas su obra nueva y eterna: la «Historia de la lengua española».

o o o

A Don Ramón Menéndez Pidal se le ha visto muy

poco durante este largo tiempo de su estancia en París. En el almuerzo ofrecido a un diplomático americano, orador y escritor pulquísimo del idioma común; frente al grupo, con Marañón, Azorín y Baroja, de intelec- tuales recibido recientemente en la embajada de Es- paña por el Embajador Lequerica, intelectual y escri- tor, a su vez, de nota...

Mas don Ramón tiene más frecuente marco en su cuartito, o en su laboratorio de la Facultad. Si se le va a ver al hotel en el saloncito modesto en el que se advierte en seguida su figura grave y silenciosa.

—Creo que el deber del intelectual español es el de trabajar para España. El destino de nuestra patria ha de seguir el cauce de su historia, forjada por hom- bres preclaros y esforzados.

Don Ramón apenas si habla de cosas ajenas a su labor, sobre todo de política que estima que no de- ben hacer sino los que rigen el país, sin ser asateados de opiniones que considera triviales.

—Se dice ahora don Ramón—nos atrevemos a ma- nifestarle—que España ha cambiado su piel. Y no nos parece exacto. Creemos, don Ramón, que la piel de Es- paña es eterna y la misma y que ahora está más que nunca tensa, como la de los titanes después de ganar la prueba... ¿Trabjará usted aun mucho en su «Histo- ria de la lengua española»?

—Hay mucha labor. Y aquí en la Sorbona fuentes inagotables. Es material que necesitaba. Es arduo reco- gerlo, máxime sin asistencia de discípulos, que como es natural ahora no han podido estar conmigo.

Se calla.

Contemplamos a don Ramón durante un rato. No sabemos si han transcurrido varias horas o varios mi- nutos: Esta es la vida de don Ramón Menéndez Pidal en París hasta que se reintegre a España. El maestro es como un simple estudiante en la sencillez y mo- destia de su existencia. Mas la obra es gigantesca.

Un día los bravos combatientes que han ganado Es- paña para España, se dirán de nuevo en las aulas, en los hogares a la hora del recogimiento y del estudio:

«Tú mismo, que has hecho ya historia vas a saber por qué y cómo la hablas en tu idioma, la sientes en tu idioma, la vives en tu idioma».

Y si el hombre joven, atezado ya prematuramente, pero benéficamente, por el destino, es un discípulo próximo del maestro, se dirá pensando en este hombre de honor de España:

...«El también estaba en su puesto».

París, mayo de 1939.

PENSAMIENTOS

Por DIOGENES

No hay animal que sospeche menos del halago que la mujer.

La notoriedad barata suele resultar la más cara.

El genio consiste hoy día en hacer que otros pongan el dinero para que uno lleve adelante sus pla- nes.

Los jóvenes tienen ideales, los viejos ideas.

El amor es una forma de elogio para un seme- jante. La envidia es otro.

La forma como algunos sujetos se admiran a sí mismos indica que no hay límite para el mal gusto.

La más trascendental de las coronas que un hombre ciñó jamás sobre sus sienas fué de espinas.

El que entiende la condición humana nunca pres- ta dinero a sus amigos.

Si todos fuéramos tan buenos como aconsejamos a los demás que sean, el cielo estaría en esta tierra. Piensa en el ocio, pero trabaja.

No critiques la vanidad de otros; no es la modes- tia lo que hace al censor.

Cuidate del hombre que dice que ama a su pró- jimo como a sí mismo. O es tonto o es mentiroso.

Si; un plato trizado puede durar tanto como uno perfecto.

El amor de madre no es sólo el más grande: es el más barato.

1.—Leeuwenhoek tuvo mucho que ver con la invención, pero en 1590, cua- renta años antes de su na- cimiento, Han Janssen co- menzó a hacer "cristales de pulga", considerados al principio como juguetes. Robert Hooke, unos 45 años después, fué el primero que produjo un microscopio que se pareciera a nuestro mo- derno instrumento.

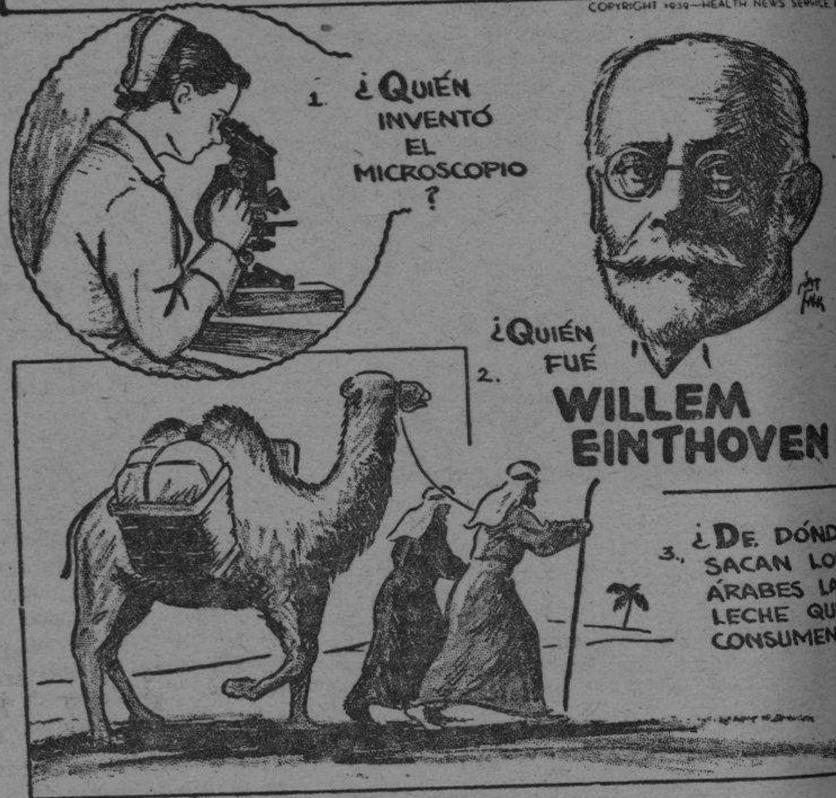
2.—Un médico holandés que recibió el Premio Nobel en 1924 por sus investiga- ciones del corazón. Descu- brió que ciertas corrientes eléctricas son desarrolladas por el corazón al batir, e in- ventó un aparato que hace posible que el corazón escri- ba la forma en que trabaja. Tal aparato se llama el elec- trocardiógrafo y su uso ha aumentado nuestros conoci- mientos sobre las dolencias del corazón.

3.—Los árboles del de- sierto obtienen la leche que consumen, de los camellos.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

COPYRIGHT 1939—HEALTH NEWS SERVICE, INC.

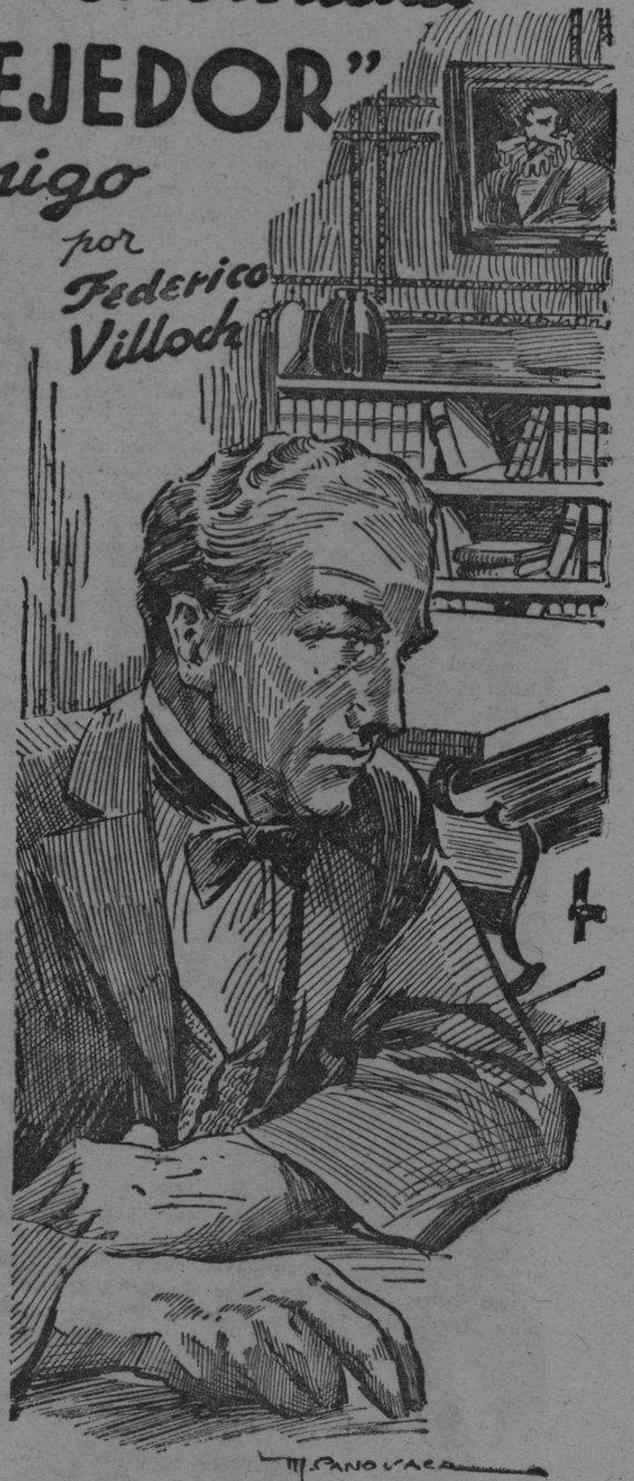


Viejas Postales descoloridas

"MANOLO TEJEDOR"

un viejo amigo

por
Federico
Villodre



IMOS, entre las sombras del pasillo, en el tercer piso del Park Hotel—Prado boulevard—una voz cariñosa que dijo, a tiempo que salíamos del ascensor: —¡Federico...!— Una voz que venía de cuarenta y seis años atrás, desde que

en 1892 figurábamos en el grupo de repórters que hacían la información política de la Secretaría General, en el Gobierno de la Colonia. Después nos hemos visto en París varias veces; pero entonces el bullicio de la gran capital loca ahogaba en cierto modo la voz del pasado, con los encantos y las prosperidades del presente. Ahora nos hallábamos solos los dos viejos amigos y compañeros; otra vez en la Habana

—Motivos de salud. Después de la muerte de mi amada esposa—señora Teresa Prats—me puse malo. Los médicos me recomendaron este viaje a Cuba; y, efectivamente, su clima único y sin igual, ha obrado el milagro de volverme a la vida.

—Sí—continuó después, respondiendo a preguntas nuestras—una Habana que yo no me imaginaba. Quienquiera que haya llevado a cabo estas mejoras, merece bien de la patria. Por lo general los «tiranos» suelen ser los que las realizan: el París de hoy se debe en gran parte a Napoleón III y a su Alcalde M. Hostman. Los demócratas hablan y prometen mucho, y sea por el poco tiempo que permanecen en el poder, sea por sus innumerables compromisos políticos, el caso es que sus promesas, no obstante sus mejores deseos, llegan a realizarse contadas veces.

Manolo Tejedor y el postalista se ven una buena suma de años atrás, en la antesala del Secretario del Gobierno General de la Colonia, en el Palacio que era de los Capitanes Generales y que hoy pertenece al Municipio habanero, en alegre charla y jarana con los empleados de aquel departamento: Campitos, Casañas, Castell, Villegas, etc. Los repórters del DIARIO DE LA MARINA, Ramón Mendoza, a quien le decíamos Moncho; de «La Discusión», Varela Zequera y Camilo Pérez; de «La Lucha», Tejedor y Bárzaga; de «El Comercio», Rosainz; de «El Avisador», Dardet y Aquiles Solano; y Paco Díaz y el postalista de «La Unión Constitucional». Sostiene el choteo cubiche, Tejedor; y la guasa andaluza, Paco Díaz, de «Oro», en sus revistas taurinas del «Puntillero». Tejedor, que siempre trae un «cuento de la calle».

—Figúrense—contaba Tejedor—que estaba Trujillo comiendo lo más tranquilo del mundo, no obstante deberle al chino más de tres quincenas de abono, cuando al levantar la vista se encontró en el balcón de la casa frente a la fonda, en animada charla con su amiga la dueña de la casa, a la señorita que él pretendía de amores—rica por sus padres—y la que sin sospecharlo él si quiera, había ido aquel día de visita a dicha casa. —¡Su novio—pensaría aquella joven—un caballero periodista, relacionado con lo mejor de la sociedad habanera, comiendo en una fonda de chinos? ¡Qué decepción! ¡qué desencanto! Su pretendiente era un hombre sin importancia. ¡Adiós pretensiones amorosas! ¡Adiós risueñas esperanzas de un próximo bienestar económico...! El infeliz Trujillo pensó que no le quedaba más remedio, en vista de que las dos amigas no se retiraban del balcón, ni pensaban en ello, y de que él tenía que abandonar la fonda, para atender un reportaje de importancia, que salir de ella a escondidas, gacho el sombrero y arrimándose a la pared para no ser reconocido. Pero ¡oh, fatalidad!, apenas adoptó esta resolución, y ya se escurrió pegado al muro, cuando, creyendo el chino fondista que se escapaba de aquel modo para no saldarle la deuda, salió a la puerta de la fonda y le gritó a todo pecho para infundirle confianza:

—No juye, Trujillo, tu paga cuando puele.

Y tras esto, la carcajada de las dos amigas, que desde el balcón presenciaban la cómica escena y se habían dado cuenta del caso.

—Ya sabía yo que se encontraba aquí Tejedor.

A las nueve de la mañana empezábamos a reunirnos en la salita contigua a aquel despacho; y allí, en leal camaradería, se facilitaban unos a otros las noticias que cada cual había podido recoger por su cuenta. Tejedor, siempre de broma, se entretenía en encender las rivalidades «bomberiles» de Moncho, que era del Comercio; y las de Nieto, del País Autonomista, que era de los Municipales; o azuzando los celos beisboleros entre Dardet, que era furioso habanista, y Rosainz, que era un fanático por el Azul Almen-

dares. La simpatía personal de Manolo irradiaba de sus actos, de su conversación, de su persona. Alto, desenvuelto, vestido frecuentemente de negro, amplia y flotante chalina del mismo color y sombrero flexible de anchas alas; más tarde se le confundiría con los jóvenes pintores bohemios de Montparnasse, en París. A fines de 1894, en aquella antesala, se despidió Tejedor de sus compañeros, próximo a contraer matrimonio y emprender su viaje a París, donde una vez instalado estudió la carrera de Derecho. Fuerza es confesar que el grupo se quedó bastante «soso» con la ausencia del compañero Tejedor.

En el Gabinete Particular, organizado para la persecución del bandolerismo, Tejedor se las ingeniaba para obtener las más importantes noticias. Cuando el fusilamiento del capitán de «Voluntarios», Gómez, de un pueblo del interior, a quien se le descubrió en conexión con Manuel García, Montelongo y otros famosos secuestradores de aquella época, Tejedor se valió de los ardidés más ingeniosos para la consecución de sus fines: uno de ellos, usar el teléfono oficial de la Secretaría del Gobierno para que el jefe de la fortaleza de La Cabaña, donde el secuestrador se encontraba preso e iba a ser fusilado, le facilitase «al señor Tejedor» el expediente del caso. Tejedor extrajo de él las noticias y los detalles más interesantes, que copió en el acto y llevó al periódico «La Lucha», del que era repórter; y, engañando al regente Sandrino con una orden fingida del director Antonio San Miguel, hizo que se publicase en el acto un suplemento de última hora que dejó asombrado al público, a sus colegas en el oficio, y al propio San Miguel, que no se explicaba aquel inesperado triunfo.

Sus actividades en la capital de la República francesa no fueron menos fructíferas y sonadas que en la Habana. Al lado del Dr. Betanzos, delegado del Comité Revolucionario en París, trabajó con el más fervoroso amor y decidido entusiasmo por la causa de Cuba libre; sus dos hermanos, Enrique y Miguel, murieron en la manigua al lado de Máximo Gómez. Ni el bienestar ni las atracciones de su nueva vida parisién apagaron en él sus aficiones periodísticas. Trabajó como abogado de «L-Americque Latina», y colaboró en las principales revistas y diarios de aquella ciudad. Fué redactor de primera fila del gran periódico «La République Cubain». Fundó en París la «Academia Diplomática Internacional»; y una vez instituida la República, desempeñó en la propia ciudad durante catorce años el puesto de Consejero de la Legación de la misma, después de haber sido Cónsul en Saint Nazaire y Cónsul General en Génova, prestando a la República Francesa servicios de verdadera importancia en la guerra mundial de 1914 a 1918. En su estancia aquí en la Habana, el año 1918, constituyó el «Comité France Amerique», bajo la presidencia del Dr. Cosme de la Torriente. Trajo a la Habana, por encargo de nuestro Gobierno, en el período del dinámico Carlos Miguel de Céspedes, propulsor del Plan de Obras Públicas, que embelleció nuestra capital con las notables mejoras que todos conocemos.

Hoy Tejedor vive la vida de un viejo diplomático retirado; respirando ese ambiente de las cancellerías europeas, donde el protocolo anima una atmósfera amable de camaradería diplomática universal. Trata a muchos de los más renombrados políticos y jefes de grupos franceses; y tutea a no pocos de ellos. En sus catorce años de consjería estrechó íntima amistad con ministros, embajadores, periodistas demás figuras de la administración y la Cámara francesa.

Refiere conmovido, porque fué uno de los que lo presenciaron, el gran acto en que el antiguo Ministro de Estado francés M. Hanotaux, presentó a Petain al «Arbol de las Conquistas», en Ebrance, en 1918, ante una infinita muchedumbre: el árbol ante el que desfilaron los grandes conquistadores del Imperio Romano, que iban y venían del Africa en sus gloriosas gestas inmortales...

Tejedor es optimista en ese y en todos los ór-

denes. No podría dejar de serlo aquel espíritu jovial de nuestro tiempo, dado a la guasa, al choteo, al oportuno comentario chistoso que mantenía en constante hilaridad a sus compañeros del «reportaje de Palacio». Ya entrado en la vida, ha experimentado—como todos—las naturales decepciones de la lucha: la preterición, la ingratitud, los fracasos económicos, etc., y a todos los reveses responde con su característico gesto desdeñoso y su eterna frase: —«Eso no tiene importancia».

En el tranquilo reposo de este confortable apartamento del Packard Hotel, Manolo Tejedor y el postalista hacen girar una y cien veces, sin cansarse, en el fonógrafo de los recuerdos, esos discos del pasado tan agradables de oír por los que en un tiempo dichoso los vivieron; y unas en otras, como las guindas del cuento, van enlazándose en la conversación las felices memorias de otros días. Le recordamos a nuestro viejo amigo la caminata que dimos una noche de junio, tras sus zancajadas, desde el Hotel Ronseré—diez Boulevard Mornatré—hasta Chez Lancier, en los Campos Eliseos, en París, cerca de tres kilómetros, sin experimentar la más pequeña fatiga, y pensando que hoy nos cuenta un supremo esfuerzo llegar hasta la esquina próxima, viene a nuestra memoria la poesía «El Reloj»—el corazón—de Bartrina, a quien el poeta de Reus le pregunta, por qué ese andar tan lento en sus postreros años...

y le escucha murmurar:

—¡Ay! corrí tanto a tu lado,

que hoy de puro fatigado

apenas si puedo andar.

Pero bendita la carrera si a su termino ella nos da motivo para recordar estas cosas.



COPO de nieve

POR JOSEPH SHEARING

—Y lo está. Estaba declarándole su amor en momentos de entrar la madre anunciándole la muerte de sus dos primos. Por eso evita encontrarse con Lidia: porque lo atrae demasiado. Bien sabe que no sabría resistirle. Pero es un ser egoísta, débil, cobarde...

—Y desgraciadamente es el mejor partido que aquí podríamos encontrar para Lidia—observó sombríamente el padre.—Pero, Jane. ¿Y Lidia qué dice? ¿Está muy abatida? ¡Apenas si me atrevo a mirarla!

—Sabes que nunca le importó el gran cosa—susurró la madre—pero se resiste a darse por vencida. Asegura firmemente que «a pesar de todo será lady Glynn». Sin embargo, es imposible hacer más de lo que ya hicimos. La gente se reirá de nosotros... —la señora suspiró hondamente—y lo mismo dicen Guillermo y Enrique. Lo que ellos habrían deseado sería castigar a Felipe o imponerle el matrimonio por la fuerza. Naturalmente, les hice ver que no convenía y que sólo nos pondríamos en ridículo. Nada podemos hacer en este desgraciado asunto a no ser un viaje a Suiza, o a Italia, con Lidia... ¿Qué piensas?

—Que no es posible, Jane. Estamos peor de finanzas de lo que imaginas. Contaba absolutamente con este matrimonio de Lidia; aun en su anterior posición era Felipe un hombre de fortuna, de grandes influencias...

La señora lo interrumpió: —¡No puedo más, James! No volvamos a discutir sobre esto... —y siendo la primera señal de debilidad que se permitía la señora, fué respetada por su marido, permaneciendo ambos silenciosos, absortos en su intensa mortificación.

Eran personas de espíritu altivo, fuerte, mas el golpe que acababan de recibir había sido demasiado rudo. James Gerard era caballero de abolengo, pero de modesta fortuna. Casó con una mujer que adoraba pero en sus mismas condiciones. Desde el primer momento decidieron firmemente que sabrían subir en la escala social; por medio de grandes sacrificios consiguieron dar una brillante educación a sus tres hijos. Guillermo, el mayor, era ahora agregado a la embajada británica en París, y fríamente buscaba una esposa rica; Enrique era oficial de húsares, también decidido a adelantarse en su carrera. Lidia desde muy jovencita había sido designada para mejorar las condiciones de la familia casándose con Felipe Bathine, su amigo de la infancia, y el hombre mejor relacionado y de mayor fortuna en muchas millas a la redonda. Huérfano de padre, al cuidado de una madre que en nada se parecía a Jane Gerard, no tardó en enamorarse apasionadamente de Lidia. Los Gerard habían pensado ya en todo: la boda sería en la primavera; le seguiría una estada en la ciudad, un prestigio enormemente aumentado, medios para que Guillermo y Enrique adelantasen en sus carreras, en fin, todas esas ventajas con que ya contaba esa familia orgullosa y tan vigorosa en su unión, cuando súbitamente todo aquello quedó fuera de su alcance cual un globo dorado que de pronto se zafase de sus manos.

LA señora Gerard se resignaba con su derrota: aseguraba que nada les restaba hacer, sino salvaguardar la dignidad de la familia. El señor Gerard opinaba lo mismo sólo que deseaba oír una vez más las razones que descartaban toda probabilidad de éxito. Marido y mujer evitaban mirarse; ambos se sentían en extremo abatidos y amargados. Era una fría tarde de invierno y la penumbra comenzaba a envolverlo todo en el cómodo salón en que conversaban.

—Helena Bathine no dejó lugar a dudas con sus palabras—continuó hablando la señora Gerard en voz contenida.—Dijo que Felipe se trasladaría próximamente a la ciudad, a casa de lord Glynn, que éste tenía en vista para él un partido muy conveniente y que consideraba gran suerte que «aquí» no lo retuviese compromiso alguno...

—Siempre fué una mujer detestable—observó, enconado, el señor Gerard.—Y para nosotros resulta desgraciado que su hijo Felipe sea tan débil y sin carácter. ¿Y crees en realidad, Jane, que nada podrá intentarse?...

—Nada, James. Felipe hace lo posible por no encontrarse con Lidia. Lo hemos invitado tres veces y siempre excusas, excusas... Teme a la madre y además sólo ansía dinero y más dinero, y todo eso que se le proporcionará siendo el heredero reconocido de lord Glynn. Helena Bathine se tomó la molestia de informarme que si Felipe desobedecía en algo a su tío en su elección de esposa, no heredará sino el título. Su enorme fortuna pasaría a otras manos.

—Lo raro es que Lidia no ejerza mayor influencia sobre él—dijo el señor Gerard.—Yo lo creía locamente enamorado...

Los dos primos de Felipe Bathine, hijos de su tío, lord Glynn, acababan de morir en un accidente de navegación en Escocia; Felipe era ahora el único heredero del título y también de la inmensa fortuna de ese padre desesperado, tan repentinamente despojado de cuanto amaba. Y esto aconteció justamente cuando nada parecía faltar para formalizar el compromiso de Lidia con Felipe. Este se había escabullido de entre las redes de los Gerard entregándose de lleno en manos de su tío, quien tenía por cierto proyectos muy diferentes para él.

—¿Está lord Glynn entera de lo que pasa?—preguntó el señor después de un largo y sombrío silencio.

—Creo que sí. Y sería lo natural, amando Felipe en realidad a Lidia, que hubiese intentado convencer a su tío. Pero parece que su nueva suerte lo tiene algo trastornado: pretende ahora algo mejor que Lidia...

—¿Algo mejor que Lidia!—la interrumpió su esposo con vehemencia.—¡Ese muchacho es un malhadado demente!

—Y por eso quizás está destinada a morir soltera... —suspiró la madre.—Pero, querido, por favor, pide luces... Está ya completamente oscuro...

Al tirar el señor Gerard del cordón de la campañilla, preguntó aún rápidamente la señora:

—¿Es en realidad de tan extremada importancia este lord Glynn?

—Está en el ministerio; su fortuna asciende a millones y su influencia es inapreciable...

Jane Gerard apretó los labios; no se permitiría ulteriores lamentaciones. Fué la misma Lidia quien en ese momento entró con las luces; colocó el candelabro sobre la mesa y tranquilamente fué a correr los cortinados diciendo:

—Sé que hablarían ustedes de mí. Y vine para decir lo que pienso de todo esto...

—Mucho me temo, Lidia, que no haya mucho que decir—observó el padre, extendiéndose por su faz austera un brillo singular al mirar a su hermosa hija.—Me siento indignado hasta más allá de toda ponderación y haría cualquier cosa por resolver este enojoso asunto. ¡Pero nada puede hacerse!

—Lo sé y es muy duro para todos nosotros. ¡Estaba tan segura de Felipe!

Era una joven extraordinariamente hermosa y se parecía tanto a su madre como a su padre; mas esa cualidad que en ellos parecía de acero, adquiría en Lidia el brillo del diamante. Sus facciones eran regulares, su tez delicada y sonrosada; era graciosa, y también vigorosa, toda ella cuidada y pulida cual una valiosa joya. Departía con sus padres con la misma franqueza de que usaban ellos entre sí, con ese orgullo que desdeñaba todo subterfugio o afectación. Contaba apenas dieciocho años, pero poseía ya toda la «pose» y la dignidad de una mujer de treinta.

Al verla su padre así bañada por la luz rojiza de las luces, sintióse asaltada por una renovada y furiosa indignación: cualquier castigo era poco para ese Felipe Bathine, y la impotencia de castigarlo sin causar daño socialmente a su familia lo hacía temblar en su interior. La señora Gerard decía ahora en voz algo ronca:

—Helena Bathine envió ya las invitaciones para el baile que dará en la semana entrante; era natural que no dejara de invitarnos, pero igualmente natural es que no iremos. Así le haremos ver todo nuestro resentimiento.

—Y también se impondrá de él el mundo entero, mamá...

—De cualquier manera se impondría. Tu noviazgo con Felipe parecía un hecho para todos. Y no me fio de Helena Bathine ni de su hijo. Además, se dice que esperan a lord Glynn para la fiesta.

—¿Pero no crees, mamá, que así le felicitaríamos demasiado las cosas a Felipe? Es un ser débil, vanidoso, y sabes que siempre lo desprecié. Pero ¿acaso podría contar con un partido más conveniente? Sabemos que los viajes no resultan demasiado costosos; Guillermo asegura que en París tendría grandes posibilidades de éxito, pero es imposible... —Por varios segundos quedó pensativa para luego exclamar de súbito:—¡Iremos al baile! Aun no terminé del todo con Felipe...

James Gerard miró muy derecho a los ojos de su hija y observó:

—Piensa, Lidia, que si Felipe irritase a su tío podría perderlo todo...

—El título no. Y en cuanto a su fortuna, sólo contábamos con la que posee.

—Lord Glynn es viudo y sólo por despecho podría pensar en casarse nuevamente.

—Helena Bathine asegura que está demasiado abatido por su desgracia y que es en extremo difícil contentar. Además, debe contar ya más de sesenta años—aseguró la señora Gerard.

—Creo que tendremos que correr el riesgo—dijo Lidia.—Si me fuera posible asegurarme de Felipe podría quizá intentar reconciliar al tío con nosotros.

La señora Gerard, con un raro gesto de ternura rodeó el talle de su hija con sus brazos:

Lidia, piensa que aun no fuiste presentada en baile. Muy poco me agrada que asistas a tu baile bajo estas circunstancias: podría peligrar tu en sociedad...

Nos expondremos también a eso, mamá—sonrió Lidia. —Mis deseos son que todos vayan a esta fiesta. Bien saben ustedes que estando nada podrá arredrarnos. Y anhelo que de vez para siempre llegue a su fin este desagradable. Era la primera que en las polémicas familiares se mezclase la humillación, y sólo el común afecto, su innato y su tenacidad los sostenían induciéndolos a seguir adelante a toda costa. Dejaron convencerlos la invitación de Helena Bathine.

o o o

La tarde del día del baile, Guillermo Gerard en las primeras campanillas blancas, llamadas allí de nieve, bajo los árboles del jardín. Recordó así solían llamar a su hermosa hermana en su niñez, poniéndolas en un pequeño ramillete se las obsequió al elegante «coupé» que debía conducirlos a los Bethine. Lidia le sonrió agradecida y las dio a su corpiño.

Mientras se dirigían a su destino, miraba Lidia para atrás considerando que después de tanto luchar por mantener las apariencias, se veía ahora en peligro de perder todo: casa, criados, coche y caballos, sólo por descansar demasiado en la seguridad de su casamiento con Felipe. Se reprochaba ahora no haberse asegurado su mano como tantas veces habría podido haberlo con toda facilidad. Y en este momento se confesaba que si no lo había hecho, no sólo había sido por querer una conquista demasiado fácil, sino porque en el secreto de su alma abrigaba la esperanza de encontrar en su camino a un hombre que podría haberlo, y que más le convenía para esposo sabiendo sus excepcionales dotes de belleza e inteligencia. Para agradar a Felipe, hasta había debido pretender otra mujer de la que era en realidad, con el fin de que el tímido y débil muchacho no se sintiese amargado al vislumbrar en ella su verdadera personalidad.

Guillermo Gerard, vistiendo su elegante traje londinés—aun impago—, imponente con su hermoso pergamino patillas rubias, pensaba también en la suerte de su hermana. La amaba con ternura y siendo diplomático e intrigante nato, rumiaba la mejor manera de hacer castigar a ese imbécil de Felipe Bathine; y al ver el brillo en los ojos de su padre, comprendió que animaban las mismas ideas. Y en el perfecto decoro de las dos mujeres: la bellísima y candorosa jovencita, patrona de violeta y oro, se evidenciaba el mismo propósito implacable.

Helena Bathine observó la entrada de la familia Gerard con aprensión y temor. ¡Pero esa gente no tenía orfandad! ¿Acaso no había ella obligado a Felipe a ir en una forma que no dejaba lugar a dudas sobre sus deseos de terminar toda relación con Lidia? Avanzaba hacia sus huéspedes, la mano extendida, pero con una fría frialdad. No obstante, bajo su falta de amabilidad se ocultaba la preocupación. ¡Esta familia era formidable! Todos ellos tan correctos, tan atractivos por su belleza: esas dos magníficas mujeres, esos tres hombres orgullosos y altivos... Una lástima, en verdad, que no fuesen ricos. Y se susurraba que se enfrentaban en serias dificultades financieras... Lo que quería decir que no eran sino vulgares herederos de dote.

Los Gerard formaban como un batallón cerrado. Al ver el brillante uniforme de Enrique, el immaculado rostro de Lidia deslumbraba y su belleza resplandecía más vívidamente que nunca. Bailó el primer vals con Enrique sin esperar a que otros la invitasen, y entre los hermanos se deslizaban lentamente por el salón, cambiaban sus impresiones en voz baja.

—¿Viste ya a Felipe, Enrique? — No; lo buscaré pronto... Esa tonta de Helena Bathine está empeñada en mostrarse fría... — Pero mira: ahora conversa con mamá... — Oj decir que dentro de poco llegará lord Glynn... — ¡Ah, no hay entonces tiempo para perder!

Mientras tanto conversaba Helena Bathine con Jane Gerard:

—Lidia está muy bien esta noche... —
—¿No cree usted, señora —preguntó cortésmente Guillermo—, que no sea éste justamente el término que le da a mi hermana? Lidia es de una belleza perfecta.

—En realidad—sonrió agradamente la dueña de la casa—, —Y aparenta mucha más edad de la que tiene: yo creería que cuenta dieciocho años, sino veinticinco.

—Y a los cuarenta seguirá representando veinticinco—aseguró placidamente el señor Gerard. —Pero, ¿cómo está su hijo, señora?

—Porque quizás desee hablar con Lidia—añadió Guillermo. —Esta mañana estuvo a verla, pero ella no pudo recibirle... —Esto no era verdad y fué dicho sólo para hacer perder la cabeza a Helena Bathine, siempre demasiado impulsiva. En efecto, aban-

cándose con violencia, dijo ésta: —Espero ahora mismo a lord Glynn... Quiere llevarse consigo a Felipe, a Londres: proyecta su matrimonio con una riquísima heredera... Deberían ustedes llevar a viajar a Lidia, aquí seguramente faltarían partidos para una joven de «belleza tan perfecta»...

—Dice usted bien—sonrió con exquisita finura la señora Gerard. —Una vez que falte Felipe, no lo habrá ya para ella... —y acompañó estas palabras con una sonrisa enigmática, que llenó de zozobra el alma de Helena Bathine.

Los ojos vivaces de Enrique habían ya descubierto a Felipe en un saloncito, conversando con una jovencita. Con toda soltura guió a su hermana por entre las parejas y bailando penetraron en el saloncito. Deteniéndose de pronto, se dirigió a Felipe:

—Lidia lamentó mucho no poder recibirte esta mañana, Felipe... —y con una leve reverencia a la joven que lo acompañaba, le rogó concederle el resto



del vals que se tocaba. La tomó por la cintura y salió bailando con ella dejando solos a Lidia y Felipe.

Felipe Bathine no mostraba en su persona los defectos de su carácter; era alto, apuesto, elegante. Pero en todos sus rasgos se notaba una indecisión, una debilidad, que menguaba sus atractivos. En silencio miró a Lidia, que deliberadamente entraba en el jardín de invierno. La pálida iluminación confería a su rostro, a sus hombros y brazos, un encanto irreal, sus ojos maravillosos tenían expresión de orgullo y de dulzura a la vez. Sonriente preguntó ahora:

—¿No crees, Felipe, que sea innecesario este afán por huir de mí? — El, impresionado por su dignidad, su espléndida belleza, la miraba como hipnotizado, sin acertar a responder. Sobreponiéndose por fin a su debilidad, repuso con afectada despreocupación: —¡Como si eso fuese posible, Lidia! —Ella rió algo de la respuesta evasiva y continuó: —Supongo que obedecerías órdenes de tu mamá... ¡Parece considerarte siempre como a un chiquillo!

—Es que... —tartamudeó él. — Mamá tiene forzosamente... que andarse con... extremo cuidado: se

trata de mí porvenir. Tengo ahora ciertas responsabilidades, soy el único heredero de mi tío...

Ella le sonrió con algo de lástima comprendiendo que seguía instrucciones, precisas de la madre. Felipe ya proseguía con voz algo más segura: —Sé muy bien, Lidia, que nunca me amaste. Hasta juraría que te burlabas de mí y será un alivio poder alejarme. Demasiado bien me dabas a comprender que te estorbaba y molestaba...

Lidia reflexionó rápidamente: ¿sería posible que hubiese adivinado su secreto desdeñ? No, de ninguna manera... Aquí sólo la madre tenía sus manos en juego... Y habló con dulzura:

—Felipe, tú hablas por boca de tu mamá. Ella y tu tío están empeñados en casarte con una rica heredera. ¡Como si tu fortuna no bastase! —Felipe permanecía silencioso, pero la sangre subió a sus mejillas. En ese momento se reprochó Lidia no haberse preocupado nunca por atraerlo y siempre sonriente continuó: —Recuerda, Felipe, que a medias me formulaste una pregunta de importancia cuando llegó la carta de tu tío. Sería cobardía no confesarlo. Y sólo quiero que sepas esto: jamás exigiría de tí el cumplimiento de una promesa, si no deseabas hacerlo... — Lidia vió que en la puerta conversaban sus dos hermanos, al parecer distraídamente, en realidad cuidando que no se les interrumpiese. y agregó: —¿Qué papel me obligas a hacer, Felipe?

¡Lidia! Siempre te adoro, pero juraría que tú naces sientes por mí...

—Quizá tengas razón... —su voz adquirió entonación altiva y continuó con indiferencia: —Volvamos al salón. Tu mamá estará ya inquieta por tu prolongada ausencia... a mi lado.

El parecía turbado; nunca le había parecido Lidia más encantadora; ardientemente deseaba cambiar esa sonrisa desdeñosa en otra de admiración. Quería demostrarle su energía, su fuerza de voluntad, y con voz ronca por la emoción preguntó:

—Si ahora te lo pidiese, ¿te casarías conmigo, Lidia? —Trató de apoderarse de la mano de la joven, mas ella lo evitó dirigiéndose rápidamente a la puerta y murmurando: —Te contestaré más tarde...

Del brazo de su hermano Enrique volvió a entrar en el salón de baile. Siguieron el ritmo de un vals y la música apagó sus voces: —Me preguntó si me casaría con él... ¡Fue una victoria demasiado fácil —susurraba Lidia al oído de su hermano. —¿Aceptaste? —preguntó él... —No; quiero hacerlo esperar... —¿Lidia, no podrá ser! Deberás rechazarlo... —¿A qué se debe este cambio de opinión? —Al veros juntos, comprendí que sería un sacrificio demasiado grande para tí... Felipe no te merece. Además, Helena Bathine te haría conocer el infierno... —Pues yo aseguro Lidia con un débil destello de buen humor —le haré conocer otro...

o o o

Volvieron al lado de sus padres. Guillermo ya se había reunido con ellos y de nuevo la familia Gerard constituyó una sólida falange, una brillante entidad. Lidia les sonrió:

—Hemos triunfado... No deberíamos habernos preocupado tanto... —Sentóse entre el padre y la madre; los copo de nieve de su corpiño comenzaban ya a marchitarse, pero ella levantaba la cabeza con orgullo aunque en lo íntimo de su alma se sintiese fatigada. Su dignidad quedaba a salvo, pero las exigencias de la familia no estaban satisfechas. Cada uno de sus miembros calculaba fríamente las posibilidades de una venganza sutil... ¡A lo que se había atrevido Felipe! Lidia hasta consideraba la idea de desdeñarlo abiertamente; demasiado grande había sido el desprecio que le inspirara allí, en el jardín de invierno, nuevamente subyugado por su belleza y, sin embargo, siempre indeciso entre sus ambiciones y su amor. Y mientras se esforzaba por dominar ese disgusto que la molestaba como una náusea física, miró distraídamente por el gran salón. En el extremo opuesto, cerca de la puerta, vió a Helena Bathine en conversación con un hombre de alta estatura, de aspecto imponente, e inmediatamente preguntó:

—¿Quién es ese caballero? — Guillermo se alejó en seguida para regresar muy pronto informando: —Es lord Glynn... No me lo había imaginado así...

—Y parecen hablar de nosotros —murmuró la señora Gerard. Era así, efectivamente. Apenas entrara en el salón, había notado el lord ese grupo aislado formado por la familia Gerard; a su pregunta se había apresurado Helena Bathine a desacreditarlos: —Siempre están reunidos... Así creen causar mejor

efecto. Individualmente, nada valen... No puede menos que invitarlos, a pesar de que no comprendo cómo se les ocurrió venir. Felipe sintió por esa joven una inclinación pasajera... — El lord la había interrumpido: —¿Por esa joven? ¡Por Copo de Nieve querrá usted decir!

—¿Copo de Nieve? ¿Cómo sabe usted que así se llamaba de pequeña? — Lord Glynn no contestó, pero siguió mirando fijamente a Lidia, y Helena Bathine siguió hablando con más malevolencia de la que convenía: toda esa familia era arrogante, todos ellos cazadores de dotes, sólo animados por el ansia de subir en la escala social, siempre llenos de dificultades financieras, y terminó con énfasis: —Y sólo celebro que por fin Felipe quedará fuera de su alcance!

Lord Glynn la escuchaba sin hacer comentarios. Aquel grupo de personas tan altivas, tan dignas en su reserva, lo reconciliaba con el disgusto que sintiera al



enterarse de la fiesta que ofrecía su cuñada esa noche y que casi consideraba un insulto para su reciente dolor. Llegaba a la mansión de campo de sus parientes, en la vaga esperanza de poder descansar de todos esos deberes sociales de que en la ciudad no se le dispensaban ni aun ahora. Mas a pesar de sentirse deprimido, triste, sus modales invariablemente urbanos no lo dejaron traslucir. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de físico atrayente, de impecable elegancia y una distinción tan marcada que hacía parecer vulgares a cuantos se le acercaban. Aseguró a su cuñada que no estando en traje de etiqueta prefería descansar en la biblioteca, y que quizá allí podría hablar con Felipe. Helena miró en su derredor buscándolo, y quedó horrorizada: Felipe conversaba con Lidia... Y de pronto sonrió lord Glynn:

Tenga usted la bondad, Helena, de presentarme a esa joven...

La dueña de la casa cruzó el salón al imponente cuñado. Lidia los miró con franqueza, pero Felipe desvió la mirada. Acabó de decir a la joven: —Ten piedad de mí, Lidia, que te casarás conmigo, e inmediatamente hizo reverencia al serles presentado el lord. Este, el brazo a Lidia, habló con gran cortesía: no bailo, señorita Gerard, le ruego aceptar a mi hija para conversar un rato. ¿Me permite después de inclinarse levemente delante de ella se alejó con ella. Felipe miró a su madre gustiada y encolerizado, mas ella susurró: —hijo mío, tu tío sabrá arreglarlo todo de esta manera...

La familia Gerard no pareció mayormente



ada. Conversaban entre ellos y con cuantas perso-
se les acercaban a saludarlos. Mientras tanto decía
ord a Lidia:
—Hay aquí demasiada bulla... En la biblioteca
remos seguramente más tranquilos para conversar.
—También yo anhelo hablar con usted, señor, si
lo permite.
os pesados pliegues de su traje se abrían en su
redor cual los pétalos de maravillosas flores blancas;
ada en el sillón a que la condujera el lord, pare-
reunirse en su persona toda la radiante luz del
ento. De pie delante de ella, recostado contra la
a de la chimenea, lord Glynn la contemplaba con
anda atención.
—Señor—comenzó Lidia—me atreveré a insinuar
la señora Bathine le habló de mí, y hasta a adi-
r en qué términos...
—No lo dudo, señorita Gerard. Me parece usted
z de adivinar muchas cosas.
—Quizás sepa usted, señor, que su sobrino, y creo
ahora su heredero, desea casarse conmigo...
—Lo sé.
—Y si lo hiciese, ¿cambiarían sus planes respecto
—Confieso que no entró usted para nada en mis
los... hasta el momento de verla... — Se de-
mirándola con sonriente admiración, mas Lidia
ó hablando con gravedad: —No tengo fortuna ni
ción y mucho me temo que la señora Bathine, sólo
esto, nos crea vulgares cazadores de dotes.
—Le diré con franqueza, señorita Gerard, que siem-
lamente ese matrimonio de mi hermano: la vulgar
lla.
—Conoce usted ahora a mi familia, señor—conti-
Lidia dirigiéndole una mirada de gratitud—y qui-

siera asegurarle que desisto de mi matrimonio con Fe-
lipe.
—¡Ah! ¿Por qué?
—Por que no podría pasar la vida al lado de un
hombre como él—y con suntuosa despreocupada prosi-
guió: —No niego que anhelaba poder, riquezas, in-
fluencias para mis hermanos. Y tampoco yo me en-
cuentro aquí en mi sitio. Pero no podría ya casarme
con Felipe... ¡Jamás!
—Mi sobrino tampoco a mí me agrada mucho. No
lo veo desde muy pequeño. Pero... no me queda
otra elección. ¿Conocerá usted mi horrible pérdida?...
—su rostro se ensombreció de pronto sin saber en es-
te momento a ciencia cierta si la muerte de sus dos
hijos lo afectara más que lo que lo desengañaran en
vida: niños poco inteligentes, enfermizos y débiles, co-
mo la madre, que los precediera muchos años en la
muerte.
—La conozco, señor... —y con sorprendente can-
dor que, no obstante, era perfectamente culto, prosi-
guió: —Usted, señor, está obligado por las circuns-
tancias a conformarse con Felipe, así como es, pero
afortunadamente no pasa así conmigo... —Y al sor-
prender la mirada de curiosidad e interés que él le di-
rigía, continuó: —Confieso que pensé aceptar la ma-
no de Felipe, hasta el momento de verlo a usted, se-
ñor. Me hizo usted ver, por su sola presencia, el hom-
bre misero y débil que es Felipe. Y caí de pronto en
la cuenta que nunca podría soportarlo por más en-
cumburada que fuese su posición: Puede usted, pues,
estar tranquilo, lord Glynn, y proceder a su antojo con
Felipe: será cual blanda arcilla en sus manos...
—Y un perpetuo desengaño.
—Eso, lo lamento, por usted, señor.
Lord Glynn no recordó que alguien lo hubiese com-
padecido jamás, a él, uno de los más brillantes, de los
más envidiados y de los importantes hombres de la po-
lítica británica. Las palabras de Lidia le dieron a com-
prender, como una luz repentina nos hace ver la vacui-
dad de una habitación oscura, toda su intensa so-

edad y toda la futilidad de su recurso de una adopción
de Felipe para ahuyentar esa soledad.
—Le ruego, señor—decía la dulce voz de Lidia—
que me conduzca al lado de mis padres.
—Un momento, señorita Gerard—rogó el lord—;
encuentro mucho placer en nuestra conversación: es
usted una jovencita excepcional... —Ella permaneció
exquisitamente serena y una profunda emoción se apo-
deró de su noble compañero: muchas veces, de joven,
había soñado con una mujer como ésta, pero siempre
diciéndose que jamás la encontraría en su camino. Y
ahora, que ya era tarde, tropezaba con ella. ¿O... no
sería aun tarde? Con una esposa así a su lado, todo
triumfo, toda alegría se duplicaría. Y él solo pensa-
miento de los Bathine se le hizo intolerable...
Lidia, observándolo discretamente, se decía que un
hombre así era el que habría deseado encontrar para
esposo. Lamentó que existiese entre ellos tanta diferen-
cia de edades. Pero... ¡este hombre no era viejo! Lord
Glynn sorprendió su mirada y comprendió su expre-
sión. Era famoso por sus rápidas decisiones, sus re-
soluciones audaces y repentinas:
—El año próximo seré virrey de Irlanda—anunció
con tanta llaneza como si le ofreciera una flor. —¿Que-
rría usted obsequiarme con esos copos de nieve que
lleva en su pecho? Desde el primer momento fueron
para mí su símbolo... —Reposadamente las despren-
dió Lidia de su corpiño; se las tendió diciendo: —Es-
tán algo agajadas, pero siempre fragantes... —¡Con
la exquisita fragancia que usted les comunica!—re-
puso él aceptando las flores.
La condujo al lado de sus padres como si fuese
una reina y él su ministro. Al despedirse preguntó:
—¿Me permitirá visitarla mañana, señorita Gerard?
—Ella se contentó con una graciosa reverencia a guisa
de asentimiento e hizo una leve señal a su padre. Se
retiraron en seguida causando la misma sensación que
al entrar: cinco personalidades de importancia, que for-
maban un todo formidable. Helena Bathine se apresó
a interpelar a su cuñado:
—Espero, lord Glynn, que esto haya terminado para
siempre...
—Sí, Helena—repuso, sonriente, el lord. —Nada
tendrá ya que temer de la señorita Gerard con res-
pecto a Felipe.
En el elegante coupé ocupó Lidia el asiento al lado
de la madre. Guillermo, frente a ella, observó de pron-
to: —Perdiste tus copos de nieve, Lidia...
—No; no los perdí. Están en buenas manos...
—No dijo más sabiendo que contaba con la comple-
ta confianza de los suyos. Las luces temblorosas y ama-
rillentas de los faroles del coche le hicieron ver la in-
escrutable dignidad del padre, la amable tranquilidad
de su hermano. Besando la mejilla de la madre, anun-
ció brevemente: —Me casaré con lord Glynn. Es quan-
to podríamos anhelar, ¿verdad? Además, ocurre que
es el único hombre a quien podría amar...
o o o
Cuando nació su primer hijo, era virreina de Irlan-
da y su hermano Guillermo secretario de su esposo. Era
un deber de cortesía anunciar a Felipe Bathine el na-
cimiento de un heredero, y el lord pensó escribirle.
Pero lady Glynn y Guillermo propusieron dejar que se
enterase de la nueva por los diarios... La venganza
resultaba así mucho más refinada.



5-29 (Released by Consolidated News Features)
EN EL REINO ANIMAL
—Miserables! ¡Apéense de mi cama!



COELACANTHIS, EL FOSIL VIVIENTE
 Unos barcos de la matrícula de la Colonia del Cabo pescaban en las latitudes meridionales atlánticas. Toneladas de peces surgieron de las redes automáticas movidas por los barcos modernos. Un individuo extraño llamó la atención del patrón pesquero. Era un pez de un metro y medio de longitud y 56 kilos de peso, con ojos azules, escamas óseas y unas aletas fusiformes que recordaban a unos brazos y piernas atrofiadas. Tan extraña pieza fué estudiada por el doctor B. Smith de la Universidad de Rhodes, quien envió a Londres los detalles del hallazgo, el cual fué calificado el pasado 20 de marzo por el doctor Ivor White, del Museo Británico, «como el más importante acontecimiento biológico ocurrido en el siglo XX».

Es un miembro de los primitivos «Coelacanthis», familia que vivió hace 300 millones de años cuando dominaban los anfibios y surgían los reptiles. Esta familia se creía desaparecida hace 50 millones de años, que es la época señalada por los fósiles más recientes y que pertenecen a esta especie. La aparición de este «fósil viviente» ha creado entre los biólogos un laberinto en el que se pierden entre mil conjeturas. Sin duda que el pez con su cola bifida y sus aletas fusiformes, ya estaba preparándose «para salir del agua» y evolucionar en anfibio. El instinto de conservación le hizo huir de las costas y refugiarse de nuevo en las grandes profundidades del océano.

LEYENDAS Y VERDADES SOBRE EL MONSTRUO DE LOCH NESS

Este hallazgo de tan transcendental importancia hace pensar a los paleontólogos, geólogos y biólogos modernos, si no habrá ocurrido cosa semejante con otra clase de animales. ¿Quién puede asegurarnos que no existe algún descendiente de los dinosaurios escondido en las profundidades del océano?

Corría el mes de abril de 1934. El mundo desconocía «el paraguas de Chamberlain» y nadie podía soñar con la conferencia de Munich. Pero Europa se encontraba atraída por la presencia

El más importante acontecimiento biológico del Siglo XX

Por el DR. JULIO CANTALA

HACE unos 200 millones de años que ocurrieron cosas muy interesantes. Por desgracia son pocos los individuos de aquella época que quedan vivos para contarnos tan exóticos acontecimientos. Sir Arturo Conan Doyle ha intentado pintarnos un cuadro de lo sucedido en su libro titulado «El mundo perdido», que describe escenas fantásticas en las cuales resultan como protagonistas enormes lagartos que pelean por el sustento en contra de potentes anfibios.

La imaginación del novelista la ha hecho realidad el veterano maestro doctor Barnum Brown, el más famoso «domador de dinosaurios» (como le titulan los estudiantes neoyorquinos), director del Museo de Historia Natural de Nueva York y estudioso de fama internacional que ha recorrido el mundo en pos de los fósiles de esos monstruos antediluvianos.

EL MUNDO PREHISTORICO DEL DR. BROWN

Cosas interesantes debieron ocurrir en la época intermedia entre el período «carbonífero» (hace trescientos millones de años) y el «recientísimo» eoceno (hace unos 55 millones de años)... Días en que se desarrollaron peleas, dramas y catástrofes en las que perecieron los seres que hoy estudia el doctor Brown en sus fósiles.

Desde el año 1897 trabaja este maestro en los laboratorios del Museo de Historia Natural. Vive en un mundo imaginario de monstruos que ha traído de los lugares más apartados de la tierra. En la India encontró la tortuga más gigantesca que se conoce; de un balneario termal de Cuba, el fósil de una lombriz del tamaño de una anguila; de la Patagonia importó los esqueletos

del animal antecesor del caballo; de la India un mamut y un mastodonte enormes y en Grecia (donde todos buscan los huesos de Pericles) el doctor Brown se encontró con los huesos petrificados de un pájaro antediluviano que medía seis metros de envergadura. Así el doctor Brown encontró aquel ave que vió Simbad el Marino

HACE 215 MILLONES DE AÑOS...

Pocos son los «veteranos» que quedan vivos de esas épocas prehistóricas. Unas cuantas arañas y cucarachas que pululan por las forestas de Sud América y cuyos antecesores se encuentran en los fragmentos de ámbar que surgen del Mar Báltico. Son individuos que se iniciaron en la época «carbonífera» y llegaron a su completo desarrollo en el período «permiano» (hace 215 millones de años), días en que el escenario de nuestro planeta estaba dominado en su mayoría por el agua. Nacían los vertebrados rudimentarios. Los tiburones gigantes dominaban los mares y un «caballito del diablo» titulado «la mosca dragón», con alas de 50 centímetros, se posaba en las plantas todas verdes que aún no se reproducían por medio de la floración. De aquel insecto tan exagerado, quedó ese volador infimo de líneas de aeroplano que hoy surca casi todos los países americanos. Nuestra América en aquellos días era una masa de tierra que se unía con Australia y con el África formando el continente de Gondwana, que explica la presencia de los mismos fósiles

De aquella fecha pocos sobrevivientes quedan entre nosotros. Sin embargo... El día antes de la pasada Navidad surgió de las profundidades del Atlántico un «individuo ancestral» perteneciente a días tan remotos.

de un animal antediluviano en las costas de Escocia. ¿Qué aficionado a la biología no recuerda este monstruo que fué bautizado con el nombre de Loch Ness Monster? La fantasía popular dió que pensar a los científicos. Capitanes y marinos pesqueros le describían en forma caprichosa. Por fin la paciencia del doctor Robert Kenneth Wilson, cirujano del «London Hospital» consiguió obtener tres placas fotográficas del monstruo. Cuatro monjes benedictinos de la abadía de «Fort Augustus» estaban al lado del doctor Wilson cuando se impresionaron las fotos. Estas dieron una imagen interesante. La de un animal de un tamaño enorme con una cabeza ínfima, un cuello alargado y un lomo que apenas surgía de la superficie del mar, pero que era de gran tamaño. Los naturalistas le catalogaron por su morfología como animal de líneas «dinosauricas».

La aparición de tan extraño individuo creó teorías de las más originales y entre ellas está la del doctor Davil Hunter, que publicó en la revista inglesa «The Commonweal» (última semana de abril de 1934) un artículo en el que catalogaba el animal como anfibio perteneciente a remotas edades, cuyo origen estuvo en la cadena de lagos situada en Great Gleen (Escocia) que en días prehistóricos se comunicaba con el mar.

EL ESTUPIDO DINOSAURO

Hace unos diez años que también se habló la presencia de otro dinosaurio en un lago de República Argentina, cuya existencia no pudo constatada por la ciencia.

El continente americano muestra ejemplares animales descendientes de aquellos bichos que vieron hace unos millones de años. Hay que leer «The History of Land Mammals in the West Hemisphere», obra magna del doctor William S. de Princeton para poder entender la evolución de muchos seres que hoy pueblan América a

El notable orfebre rioplatense y gran amigo mío y de Enrique Muño, señor Santiago Cozzolino, me conduce a la presencia del celebrado actor que acaba de interpretar su última cinta, rodada en los estudios de la Argentina Sono Film, «El viejo doctor». Es una película bien lograda, con un argumento decisivo y hondo, visto desde el plano artístico. Los argumentistas, escritores de todo momento, señores Pondal Ríos, Olivari y Amorín—trilogía intelectual de notables obras—han llevado a la pantalla la vida de un médico de barrio que lucha contra el comercio inmoderado de sus colegas, entre los que se cuenta su propio problema hondo y palpante de la crisis de la profesión. La figura ascética y humanizante del doctor Argüello, encarnada por Enrique Muño, adquiere una consistencia de algo bien logrado y definitiva. La caracterización es en todas las escenas de una gran corrección.

—¿Está satisfecho de esta cinta, señor Muño?—le pregunté.

—Pero todavía se puede hacer mucho. Ya lo he hecho en sucesivas cintas. En mi primera, «Viento Norte», realizada por el mismo director Mario Soffici, hice algunos rasgos lo que podíamos hacer. «El viejo doctor» alcanza una mayor altura en la formación de lo que debe ser el cine entre nosotros, diziéndonos en lo que podemos de las influencias extranjeras y los ajenos idiomas.

—¿Dice, señor Muño, que usted dejará el teatro para seguir el cine?

—No es cierto—me responde resueltamente—. El teatro mi formación y continuaré en él. El cine más desplazará al teatro. Este es siempre más libre, ya que el actor no obedece sino a sus condiciones propias y a su personalidad instintiva. El cine, por el cambio, coloca al actor a la deriva de su dirección. Si éste no acierta a dar con el carácter de cada personaje, el drama se desvanece.

—¿Como actor de teatro, veterano de las tablas y logrando mantener siempre a lo vivo el interés del público, realiza en esta obra una de esas incursiones vigorosas en que pone de relieve sus condiciones de artista de la pantalla?

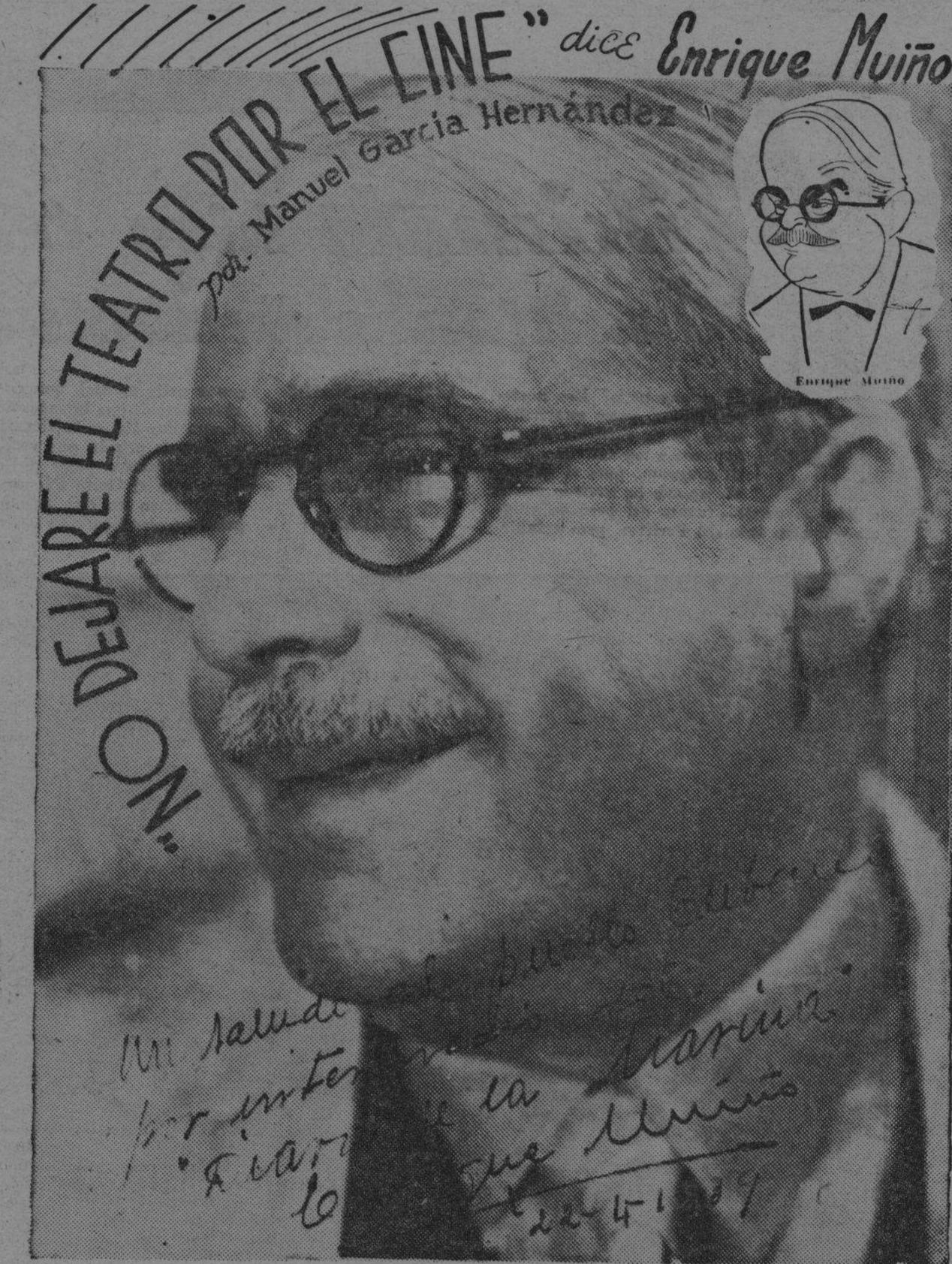
—Enrique Muño, figura principal del teatro rioplatense, consagrado como el mejor intérprete de tipos del ambiente—«gallegos» y «gringos»—sin olvidar a los «machietas» desfiguradas o caricaturescas—más bien, analizando la psicología de los personajes en sus características de trasplante al medio de teatro que ha logrado el secreto de su arte escénico. Muño es un excelente pintor de paisajes, como lo demuestra al relatar en una crónica y un conferenciante que ha ajustado al análisis sereno de los dos ejemplares que forman la base de muchos «personajes» de la comedia humana. Me refiero al gaucho apadrinado. El desarrollo de este tema le ha valido el reconocimiento como un verdadero estudioso del ambiente general del país, aún fuera de las tablas y del escenario.

—¿Como actor que muchas veces ha tenido la oportunidad de rechazar obras en donde los personajes no se ajustaban a la verdad psicológica—desfiguración de tipos de inmigrantes—ocupa en el film «El viejo doctor» todo el escenario. La figura del médico interesado en su moral y en su profesión, que todo lo posee en los dictados de su inquebrantable conciencia, defenderla tiene que luchar socialmente, adquiriendo una conquista segura en el terreno de las internaciones. Su rol en «Viento Norte» no fué tan importante como el que ahora encarna en la cinta que estamos viendo.

los millones de primaveras.

El doctor Charles Knight nos trajo de Sudamérica un fósil de extraña textura, que representa al perro y al conejo y que evolucionó hasta convertirse en el vulgar de nuestros días. La repugnante evolución que hace unos 70 millones de años que tenía el «bicho» bicornio con garras capaces de taladrar las más gruesas capas geológicas. Todos esos animales fueron suficientemente inteligentes para evolucionar, adaptarse al medio y cambiar sus hábitos alimenticios con objeto de subsistir. Se finalizaron siendo bichos inofensivos, sin los órganos potentes para la lucha; se adaptaron. En cambio el pedante dinosaurio se conformó con un futuro modesto y sucumbió. No supo adaptarse al medio de su época, a los cambios de clima y de terreno.

En esta familia más de 5.000 especies y miles de individuos existieron desde el diminuto mamífero de un conejo, hasta el hipertrófico dinosaurio, con un esqueleto de 30 metros de



El director don Mario Soffici va acentuando los rasgos de una mejor técnica, sin recurrir a esos «traspasos» de otros ambientes. El director que va entrando en el clima local, buscando las características del público argentino, sin descender de su nivel artístico, ese nos parece Mario Soffici.

Ha servido este film para destacar un galán de seguros medios expresivos. Me refiero a Roberto Airaldi. También se perfilan con carácter seguro Angel Megaña y Alicia Vignoli. En menor escala se lucen Gloria Bayardo y Luisita Vehil.

Muño, por derecho propio de su personalidad, absorbe todo el espectáculo. Es avasallante su figura inquebrantable del médico de barrio. Es el intérprete de la absoluta seguridad técnica. Son sueltos sus movimientos y es recia y armoniosa su voz.

Este es uno de los mejores films que se han logrado en la Argentina. Hay buenas caracterizaciones, argumento vivido intensamente en el ambiente, dirección adecuada y artistas que han logrado estar en la escena y en la realidad del momento actual.

longitud. Tenían un cerebro del tamaño de una manzana y el rey de la selva entre esos bichos era el terrible «Tiranosaurus Rex» que, según muestra un cráneo desenterrado por el doctor Brown, tiene dos hileras de dientes como los tiburones.

AMERICA PUEDE DARNOS SORPRESAS ANTEDILUVIANAS

Peleaba con el valiente Triceratops, cuadrúpedo de seis metros de largo y unas diez toneladas de peso, que contaba para la lucha con tres enormes cuernos que se erizaban lo mismo que la cresta de una cacatúa.

La tragedia biológica que hizo desaparecer estos seres todavía es un misterio para la ciencia. Por catástrofes geológicas debieron de secarse muchos lagos y el dinosaurio estúpido no supo emigrar o comer otras hierbas; entonces surgieron los primeros mamíferos y se alimentaron con los huevos de los gigantes selváticos acabando así su reproducción. Eran los días del período jurásico (hace 155 millones de años) cuando reinaban es-

tos monstruos. Después, durante la época del cretáceo (hace 120 millones de años) empezaron a decaer al surgir los marsupiales y las primeras flores de las plantas. En la época del período eoceno (55 millones de años atrás) ya estaban exterminados y sus dominios estaban ocupados en América por aquel gigante «meritarium», precursor del noble elefante.

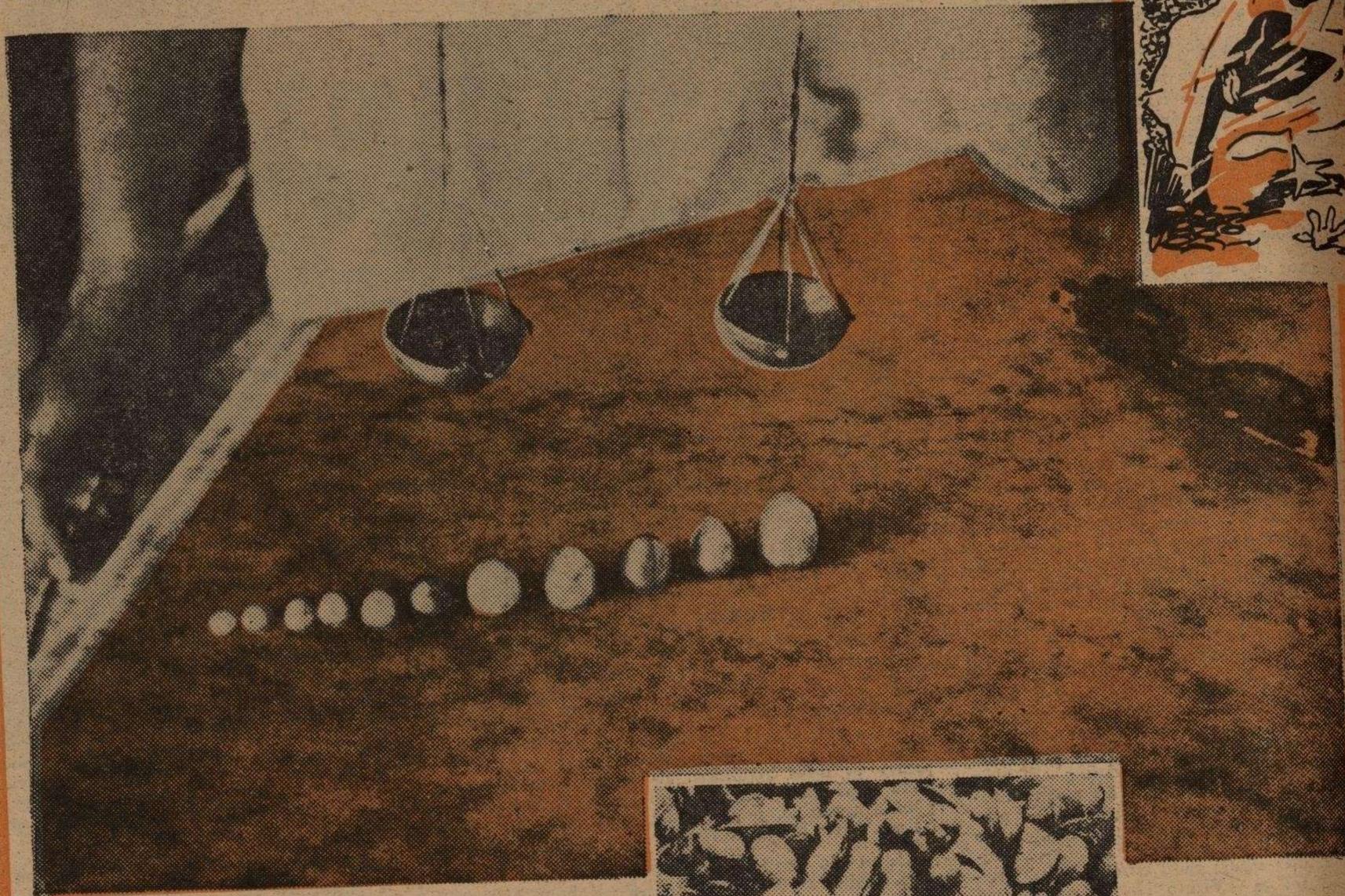
Desde las regiones antárticas hasta el sur del continente, los enormes lagartos dejaron sus huesos para que los paleontólogos de hoy los estudien. ¿Habrán tenido alguno la suficiente inteligencia para esconderse en el fondo de los mares a fin de vivir tranquilo? Si tal ocurrió esperemos que algún día surja de la antigua cuenca del Orinoco un enorme animal que nos haga comprender la vida como se entendía hace 150 millones de primaveras. Entonces en la naturaleza no se comprendía ese símbolo que representa el paraguas de Chamberlain... magnífico fósil que estudiarán los hombres de ciencia de mañana...

Mikimoto hizo trabajar a 50 millones de moluscos

¿QUE es una perla? Los norteamericanos, antes que nadie, están ya en situación de dar respuesta a tan extraña y difícil pregunta, pues el gobierno japonés ha enviado medio millón de ostras—fuente del precioso enigma—al otro lado del Pacífico, para exhibir-

LOS JAPONESES
POSEEN
EL ARTE
DE
«INCUBAR»
MIRIADAS
DE
PERLAS

a una perla natural, aunque su rival sea posiblemente de una hermosura igual. Hace poco tiempo dos árabes fueron sentenciados a siete años de prisión por vender perlas de cultivo haciéndolas pasar por naturales. Esto ocurrió en el Golfo Pérsico, y los tribunales franceses, en un caso análogo, condenaron a prisión a otro hombre y multaron a otros dos.

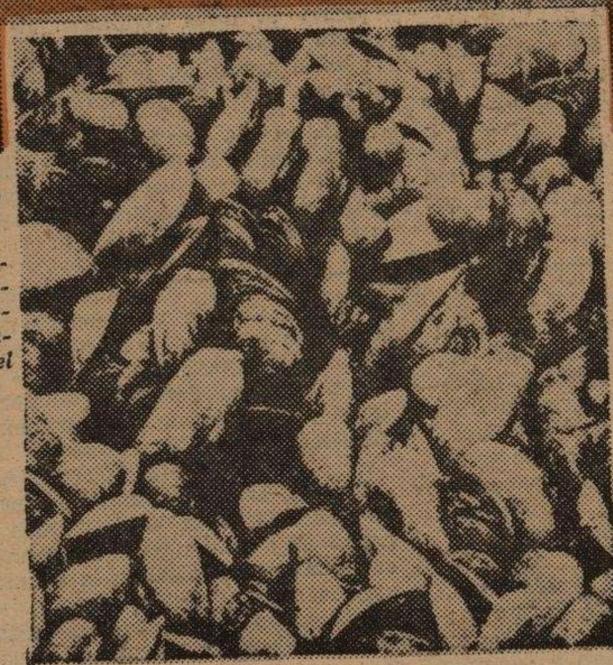


las en la Exposición del Golden Gate en San Francisco.

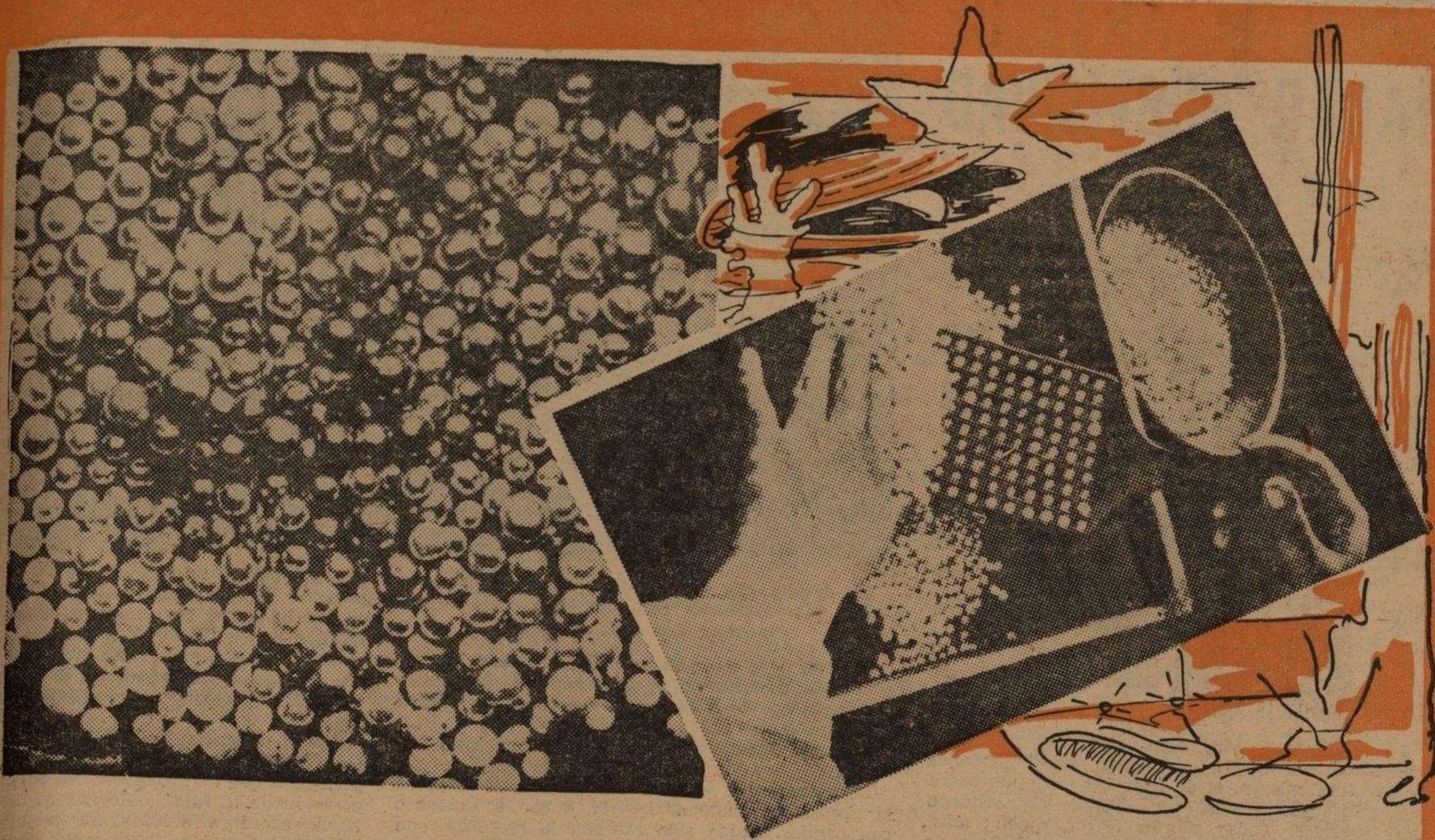
Hoy en día el hombre ya no espera que la casualidad le permita encontrar una magnífica perla natural entre varios miles de ostras recogidas con enormes dificultades en el fondo del mar. Por el contrario, deliberadamente, obliga a los moluscos a fabricarlas. En verdad, prácticamente, no existe diferencia alguna en el tejido o la composición de una perla cultivada y de una natural. Ambos son producto de un inconveniente o de una molestia que sufre la ostra. La joya natural es una piedra producida por accidente; la cultivada se ha hecho a propósito. Su producción puede compararse a un pollito incubado por una clueta y otro llamado a la existencia por una máquina incubadora. Pero como se comprenderá, se asigna un valor mucho más elevado

La tarea de pesar perlas es en extremo delicada y hay que realizarla con una escrupulosidad matemática del cálculo.

POR
DAVID
JOHNS



Los japoneses hacen trabajar a las ostras. Las convierten, sencillamente, en fabricantes de perlas introduciendo dentro de ellas microscópicos cuerpos extraños que aceleran su producción.



Varios millones de pesos en perlas. Cada una de ellas proviene del interior de una ostra. ¿Cuántos millones de ostras se habrán tenido que abrir para reunir esta fortuna? He ahí algo que nadie sabrá nunca.

Hoy las perlas se cultivan. El hombre, cada vez más exigente, no se conforma con que accidentalmente se las deparen diez ostras de cada diez mil. Cria ostras y las obliga a engendrar perlas. Aquí las está contando.

Los japoneses son los más importantes «in-cubadores» de perlas, haciendo ahora casi medio siglo que realizan experimentos en ese sentido. Esta industria, aunque afectada por la crisis mundial, es una considerable fuente de ingresos para el país, razón por la cual el gobierno nipón tenía interés en presentarla en la referida exposición. De doscientas ostras enviadas a guisa de experimento a los Estados Unidos en junio del año pasado, la mitad murieron en el viaje. Se están efectuando onerosos ensayos con el fin de descubrir las condiciones ideales para su transporte, creyéndose que el éxito coronará los esfuerzos que se realizan.

El originador de esta industria fué Kōkichi Mikimoto, el cual, en 1936, a la edad de 79 años, cuando reunió a sus parientes en el templo de la familia y confió al cuidado de Buda las «almas» de las ostras que le hicieron rico, calculó que había hecho «trabajar» a no menos de 50.000.000 de moluscos. Las primeras perlas cultivadas las obtuvo en 1894, y fueron muy inferiores a las naturales. Pero en 1913 produjo una sensación sin precedentes en los mercados perlíferos de Londres y París al presentar una cantidad de perlas cultivadas perfectas, que fueron las primeras obtenidas y que no se podían diferenciar de las gemas naturales.

Mikimoto gastó varios años y mucho dinero antes de obtener éxito. Como se ha dicho, tanto las perlas naturales como las cultivadas son el resultado de una molestia producida a la ostra. En las profundidades del océano uno de los moluscos, al abrirse para tomar alimento, admite accidentalmente un «cuerpo extraño», una pieza o parásito microscópico viviente o muerte, que a veces hasta puede ser un pequenísimo trozo de madera, pero suficientemente importante como para

producir una irritación en su carne. Para dominar esa irritación, el molusco segrega un líquido llamado nácar, que rodea al intruso con perla pura.

La pesca de perlas naturales, si bien puede considerarse como una ocupación romántica y aventurera y a veces altamente lucrativa, es inevitablemente peligrosa. Mikimoto se propuso entonces imitar a la naturaleza, pero mató miles de ostras antes de aprender a manejarlas. Probó perforar su concha y fijar objetos que los moluscos deberían cubrir con nácar; ensayó injertar microscópicos trocitos de madreperla; empleó varios tipos de adhesivos, pero nada dió resultado.

Finalmente descubrió que envolviendo el grano de madreperla en una pequeña bolsita compuesta de la capa de otra ostra, el molusco en el cual se la insertaba la retenía. Esta operación es extremadamente complicada y solamente puede ser hecha por operarios muy prácticos, que aun así no pueden tratar más de sesenta ostras diariamente. Los moluscos son cuidadosamente atendidos por espacio de tres años, examinándoseles cada seis meses, quitándoseles las algas y otras cosas que se hayan adherido a ello, a fin de asegurar especímenes sanos. Luego se efectúa la operación citada anteriormente, y después de seis o siete años pueden obtenerse perlas vendibles. Cada año son tratadas alrededor de tres millones de ostras en los criaderos japoneses, pero solamente el cinco por ciento de ellas da gemas de suficiente importancia como para colocarlas en los mercados mundiales.

Los criaderos japoneses comprenden alrededor de 40.000 acres en total. El centro de la perla cultivada por Mikimoto es la Isla de Taoku, al norte de la abrigada bahía de Agu y como a una docena de millas del famoso

templo de Isle. Antes de iniciarse esta industria la isla estaba deshabitada; ahora residen en ella muchas familias, todas relacionadas de alguna forma con el cultivo de las ostras perlíferas. En las bahías de Gokasho y Hasama, en la bahía de Kiohu y en la isla de Ishigaki también hay otros criaderos.

Las especies de ostras empleadas son más bien pequeñas, variando de dos a cuatro pulgadas de diámetro. La profundidad media a que se las halla es de ocho brazadas, siendo las más grandes de quince brazadas. Para extraerlas se emplean mujeres, algunas de las cuales son capaces de mantenerse debajo del agua de uno a tres minutos. Las más hábiles pueden traer a la superficie de 50 a 60 ostras, que se encuentran a diez brazadas de profundidad, en un minuto. Los moluscos viven de doce a quince años. Durante los meses de julio a agosto las mujeres búzos colocan pequeños trozos de roca y otras piedras en los lechos de ostras donde abundan las larvas de las mismas. Al cabo de poco tiempo se habrán formado huevas sobre esas piedras, que son llevadas a aguas más profundas hasta que tengan tres años, que es cuando se efectúa la operación del injerto.

Los peligros mayores son las corrientes «rojas» y frías, las primeras de las cuales llevan un organismo parásito que destruye las ostras. Las corrientes frías también son muy temidas en la temporada del deshielo de las montañas, en que las aguas que bajan producen cambios bruscos en las de los criaderos, causando la muerte de millares de ostras. Se evitan fácilmente, sin embargo, pues las ostras se hallan en enormes canastos a fin de poderlas izar para examinarlas, de modo que si el agua se enfría, es posible sacarlas de ella por un tiempo.

SOBRE EL ARTE DE HACER PUBLICIDAD

El tema que yo conozco...

YO hablar de publicidad...! Está bien que se trate de ese tema en las Asociaciones de Anunciantes, las Administraciones de periódicos, las casas de comercio... Qué sé yo... Ese es el medio propicio; ahí pueden encontrarse muchas manos que hagan con este tema, en el momento, una multitud de cosas... Quienes a mí me piden que hable de él, han equivocado el rumbo. Debieron llegarse al DIARIO, ir a la Administración, ver a D. Celso, y preguntarle así:

—D. Celso, quería usted...?

Han equivocado el rumbo, y han llegado a mi mesa por error. Soy yo quien tiene que llegarse ahora a la mesa de D. Celso, y suplicar, en vez de preguntar:

—Ya ve usted que no saben lo que hacen, porque yo... Ya lo ve usted...! Yo quisiera no obstante complacerlos, porque... ya lo ve usted...! son buenos chicos...!

Y yo sé que don Celso me responde:

—Bueno, anda, coge el tema, qué más da...! La Magdalena te guíe...!

La publicidad... Muy bien...! Haced un experimento donde quiera que halléis veinte personas de levisima cultura, el de ir las interrogando sobre sus aptitudes periodísticas. Todas las tendrán muy grandes. Todas sabrán forjar, quien más, quien menos, las cosillinas—cosillinas clásicas de una información jugosa, un artículo sensato o una gacetilla amena... Con la publicidad pasa lo mismo, es decir, aún pasa más. Entre las veinte personas, no hallaréis una sola que no sepa, de esto de publicidad, cuanto pueda saberse en todo el mundo. Hay que recordar sobre esto la aventura del Duque de Ferrara

—Cómo qué, veinte físicos...! Hay miles...!

El Duque se echó a reír.

Y se empeñó el bufón en demostrarlo y se echó unos trapajos a la cara, y se plantó a la puerta de la Iglesia. Cuando llegó el Duque a misa, hizo la pregunta inevitable.

—Qué, te duelen las muelas...?

—Sí, señor...!

—Pues échale esto y esto...!

No entró persona en la iglesia que no le repitiera la pregunta y que no le indicara medicina, y tuvo el Duque que admitir la prueba de los médicos a miles. Para el dolor de muelas de una industria, de un comercio, de un negocio, de un servicio, de un libro, de una joya... también son miles los médicos. Eso de hacer anuncios es tan fácil...! Eso de captar al público, darle por necesidad alguna cosa, enredarle en alguna sugerencia, quién no lo sabe, con «las luces que hay...!» Preguntad, preguntad...!

—Y usted qué dice...?

Esta será la respuesta:

—Qué cosas tiene usted...! Claro que sí...!

Los únicos que vacilan, cuando se trata de aportar remedios en las enfermedades de cuidado, son los médicos notables; los únicos que vacilan, cuando se trata de escribir artículos que ha de acoger el periódico, son los escritores lúcidos; los únicos que vacilan, cuando se trata de forjar reclamos que pretendan hacer una opinión, son los técnicos curtidos... A los técnicos les consta que el de anunciar es un arte de gran complejidad y mucho riesgo. Tiene leyes; pide mañas; requiere circunstancias ventajosas... Y hay veces en que lleva a la fortuna, y hay veces en que a la ruina.

La tremenda eficacia del reclamo, los escritores la conocen bien, e incluso con frecuencia la procuran con escasa dignidad. No es ya el auto-elogio necio; no es ya el elogio mutuo intolerable; no es ya la payasada lastimosa... Ramón Gómez de la Serna se presentó en un circo de París. Montó sobre un elefante, se encajó su monóculo, y salió... Sacó luego en la pista unas cuartillas, y púsose a leer con gravedad...

—«Ramonadas»...

Eso es: «ramonadas», las cuartillas, todas llenas de ingenio sutilísimo. Y también «ramonada» el espectáculo, carente de todo ingenio.



Un detalle del Salón donde se exhibieron —en la Habana, recientemente— diversas clases de anuncios cubanos.

Ah, no, pero eso aún es poco...! Pierre Benoit preparaba una novela, y quiso captarse al público fingiendo que lo hubieran secuestrado. La prensa dió la noticia:

—Pierre Benoit, en poder de los sinn-feyners...!

La aventura de «Gyp» fué más sonada. También la prensa la ayudó a fingirla, o con estupidez o con candor. Había sido raptada la escritora, con astucia y con misterio, sin que la policía descubriese pista ninguna eficaz! La descubrió muy pronto, sin embargo; aún más que pista, descubrió al sujeto que se metiera en el crimen. El mismo fué a buscar la jefatura, él mismo dió su nombre, él mismo confesó su falta horrenda:

—Sí, señor, yo la rapté...!

Otro simulador sin dignidad, que también deseaba hacerse célebre...!

Ya es esto mucho...! Pues no...! Conste que morir... La Crónica Bizantina habló una vez de un máximo poeta, que se llamaba D'Annunzio... a todo hay quien gane. Secuestrar... raptar... Oh, la incomprensión terrible de filisteísmo imbécil...! Oh, la injusticia del ambiente bárbaro...! Oh, la...!

Firmaba Scarfoglio.

Y lloraba Scarfoglio amargamente, porque D'Annunzio, el máximo poeta, muriera desconocido, entre la indiferencia general.

Cuando se supo que no, que no muriera aún, que vivía aún, ya era popular su nombre, y ya era popular el de Scarfoglio, que se prestara a la farsa.

Sí, la publicidad es una fuerza. Pero cuando se lleva a estos extremos, y habla de petulancias agresivas y de vanidades huecas, y de ansias de que las gentes señalen a las personas tanto por el valor de lo que escriben como por el dolor de lo que hacen, mucho más que una fuerza, es un escándalo...!

No es fácil el anunciar, lo aseguran los técnicos mayores. Es fácil el decir en cuatro líneas que hay buena ropa en el comercio Tal, y buen jamón en la bodega Cual; pero eso no es un anuncio, eso es sencillamente una noticia sin átomo de interés. Pérez piensa que anuncia, verbigracia, el «Aperitivo Pérez», cuando pone a su puerta un cartelito que le dice al transeúnte:

—«Aperitivo Pérez, el mejor...»

Es un error lamentable. Thompson, el Pérez de Londres, tenía también aperitivo suyo, y quiso sacarlo avante contra la multitud de aperitivos que apestaban el país. Pero de pronto, amigos, qué desgracia...! De pronto anunció la prensa que la familia de Thompson estaba en una honrísima inquietud. Desapareciera el hombre...! Tres días sin que la casa pudiera descubrir su paradero, sin que le encontrara nadie, sin que llegara noticia que pudiera indicar su situación...

La prensa precisaba amargamente:

—Tres días que la familia lleva yendo a la Morgue a todas horas...! Y nada...!

En efecto, nada...!

Qué se podría suponer...! Quizás rivalidades de

negocio, que el negocio—ya se sabe—no su para en tiquis miquis. Thompson ya iba a su aperitivo, que era una cosa magnífica, a ría que se olvidasen prontamente cuantos vivos circulaban por el mercado mundial, con este golpe tan tremendo, lo que perdía terra de riqueza, y de prosperidad, y de bre...!

Surgió instantaneamente la emoción. Y tomó la emoción al otro día, cuando testificó periódicos que de Thompson, ni palabra! La operación de la familia llegaba al límite hasta acordara señalar un premio para revelara lo ocurrido... El aperitivo, en la continuaba sin salir, no obstante que los contaban con el hambre que causaba, perficar el organismo de muchedumbre de débiles... En Londres no se hablaba cosa...

Menos mal que a otro día cesó todo, prensa descubrió al misterio...! Había cosa sencillísima: Thompson se había su despacho, y se había dicho a las once

—Hombre, voy a tomar una copita de vino Thompson, que me abra el apetito, mal...!

Y a ver, cómo se lo abrió...! Se lo abrió impetu tan grande, que el pobre Thompson apenas, se había comido a sí mismo

Y luego Pérez se anuncia:

—«Aperitivo Pérez...»

Vamos, hombre...!

Es decir, resumiendo esta historia—¡ciar se necesita ingenio. Se necesita ingenio todo, incluso para dormir; se necesita ingenio para anunciar con fortuna. Se las formas del anuncio...

La más sencilla es muy antigua ya, ponen rótulos, que dicen lo que venden compran, lo que hacen los industriales. En tiempo se ponían objetos a la vera de

Verbigracia: una sartén...

Era lo que anunciaba a un sartenero

Y verbigracia: un velón.

Era lo que anunciaba a un velonero

Un guantero, ponía un guante, un espada, un barbero una bacía... La

se encuentra a cada paso, y es la última resiste al avance violento de los siglos. En los objetos, queda el nombre, en muchos antañosas de las ciudades arcaicas

—Esta, calle del Velón... Esta, calle

pada; ésta, calle del Candil...

Importa el rótulo, pues.

Y hoy es frecuente el rótulo bilingüe

Madrid, por ejemplo, decía a veces:

—«William, sastre».

—«López, taylor...»

En Nueva York fué célebre este rótulo industrial extraordinario a la Habana:

—«Guanajo aras for to morrow.

A precios como before...»

Es un error este anuncio. Es un error, el rótulo en lengua extraña, que París, y con justicia, paga un impuesto. En nuestro gran Madrid de hace se abrió un establecimiento que llevó asombroso:

The Funerary».
 acasó en seguida. Para «celebrar» su título,
 escribió un artículo notable que llamó «The
 duty».
 Verlainé encontró un rótulo en París que le lle-
 naba de emoción. Era el de una barbería, y era el
 de Verlainé un rapazuelo, cuando tropezó con
 el rótulo tenía un cuadro, y encima de él, la
 aclaratoria:

—Ved el dolor de Absalón
 suspendido por la nuca...!
 de haber usado peluca...!
 Se ahorrará este tropezón
 aquí los primeros versos que yo aprendí
 de memoria...!—escribe en serio Ver-

nuestro gran Madrid de hace treinta años,
 lebró una Feria de farizones. Un rótulo de
 decía así:

—Cerdo de Alsacia y Lorena».
 el dueño lo acalaraba de este modo:
 trad, franceses, entrad...! El cerdo no tie-
 nra...!

hubo rótulos «grandes» en la historia del
 cio. Mermet cita unos cuantos de su tierra
 o debieron morir...!

Salchichonería al vapor».
 Cirgosse, partera de primera clase».
 Especialista en defunciones rápidas».
 Tripería de El Progreso. Juan, sucesor de su
 famoso por su carne de ternera...»
 eche de burra. Nicolás Lubert. Vende asnos
 su padre».

—La Vuelta de los entierros. Se alquilan ha-
 ones para llorar a solas. Precios módicos».
 fin, el rótulo... Bien...!
 siempre, a ser posible, de una sola palabra
 iva.

pués, el escaparate. En el escaparate ha de
 trampas en que caiga el transeúnte. disimu-
 convenientemente para que las aborde sin
 En realidad no es otra su misión.

En clase de almacén, requiere, naturalmente,
 rate distinto. Hay reglas generales, sin em-
 que les convienen a todos: se debe ex-
 por tandas: una clase de objetos una vez;
 clase de objetos otra vez, y caso de que haya
 no debe ser excesiva. Esta concentración
 al gusto, prende mejor la atención, especia-
 reclamo, y permite con frecuencia, aun para
 mercios más humildes, la renovación total.
 paso—testifica Arreu—conviene repetir un
 objeto un gran número de veces, y buscar
 contrastes de color, y crear fondos con telas
 bles a la vista, y tener luz intensa que no
 . Y conviene en los géneros de lujo no espe-
 los precios, y conviene ponerlos en los po-

aquí una librería, verbigracia. Tiene un li-
 e anunciar, y el libro de honradísimo in-
 llena el escaparate de ejemplares, y está
 acaso venta... Quince ejemplares, veinte,
 cinco, entre la multitud de obras distintas.
 venta, es posible... Pero exponiendo sólo
 nadijo que representara el libro, con una
 enorme, y a su vera el libro real, segura-
 vendería mejor. A veces, ayuda al triunfo
 cualquier llamada de este género:
 ed anda buscando el mejor libro acerca de
 stión, y la tenemos nosotros...! Qué placer
 usted a su mujer si le llevara tal obra, que
 recibido aquí...!

uda al escaparate el tener por la noche un
 or, que señale una zona luminosa que mar-
 frente bien.

os Estados Unidos, se da al escaparte vida
 ca. Una persona en él, a veces más. Tam-
 to pide ingenio, e incluso en ocasiones pi-
 cia, e incluso alguna vez pide hermosura.
 da varios casos de New York: uno, el de
 X, de barredoras eléctricas...

esta casa dos escaparates, y en uno pre-
 n negro, que va esparciendo polvos por la
 ca. Coge a continuación la barredora con
 nercia la casa, la pasa sobre la alfombra, ve
 ira los polvos totalmente, y se siente feli-
 . Hay asimismo que limpiar la alfombra
 aparato adjunto. Y la repasa otro negro
 a multitud de aspiradores de las marcas
 versas, y no hay manera de que arranque
 o, y termina arrancándose los pelos... Otro
 ate aún: el de la casa B. Zapatería. En
 aparato hay una tela, tendida en banda a
 o, con la anchura y la altura convenientes
 ne la Casa empleadas, dueñas de piececi-
 pión.

—¿Importa, en el escaparte, coger las cir-

cunstancias de momento. Una sombrerería de New
 York de que habla Servan también, incluso apro-
 vechó la circunstancia de unas inundaciones ca-
 tastróficas... Un sombrero de su marca en el
 escaparate principal. Rezuma agua este sombrero,
 y está todo arrugado, y está sucio, con varias
 manchas de todo...

Pero a su vera advierte un cartelillo:
 —Fué hallado en la calle Jota. Estuvo bajo el
 agua cinco días, y no ha perdido el color...!

Este es el anuncio en casa; no es anuncio que
 salga por el orbe a caza de parroquianos; es anun-
 cio que espera, dulcemente, a que los parroquianos
 se aproximen. Es más práctico, no obstante, y de
 mayor importancia, y de mayor extensión, el
 anuncio andariego susodicho, de la casa susodicha.
 Cheringlón clasifica los anuncios en cuatro gru-
 pos de monta:

—Primero, los que se exponen.
 —Después, los que se incluyen en los libros y
 se dan en los periódicos.
 —Después, los que se entregan en la calle, en
 manos del transeúnte.
 —Después, los que se mandan por correo.

Otros dos grupos que nombra—el de anuncio
 efectuado por agentes y el de regalos al público,
 no son en realidad dos variedades, entran bien
 en los grupos anteriores. La clasificación funda-
 mental, parece que debiera, sin embargo, calificar
 el anuncio, según que se quede quieto, o según que
 eche a andar.

Siempre el que echa a correr es el mejor.

«Y bien», he aquí un comerciante que tiene un
 cargamento de bastones, y que no logra soltarlos.
 El caso ocurre en París; el mismo comerciante
 es parisién... Qué hacer, para salvar la situa-
 ción? Cómo anunciar para evitar la pérdida...?
 A dónde ir, para prender al público...?

A dónde...?
 Pues a la calle.
 Y fué a la calle, en efecto, y lanzó este pre-
 gón, que tuvo suerte:

—En mis bastones, señores, encontraréis los
 tres reinos de la Naturaleza, reunidos. He aquí,
 primeramente, el vegetal...!

Y con la mano señalaba un puño.
 —He aquí ahora el mineral...!
 Y tocaba una contera.
 —Y he aquí ahora el animal...!
 Y se indicaba a sí mismo.

Este procedimiento es peligroso; no está, ade-
 más, al alcance de los hombres de pudor. Los
 hombres de pudor, en estos casos, en tiempos de
 tanta fiebre, lo que echan a la calle/son folle-
 tos, o prospectos, o programas. A las casas envían
 circulares. A los amigos catálogos. A las esquinas,
 carteles. Ponen su anuncio en vallas y tableros,
 en plafones y telones, en carruajes y tranvías. Los
 ponen en el mismo billeteaje de espectáculos fa-
 mosos.

Pero, basta, a qué más...?
 Lo publican, en fin, en un periódico de circula-
 ción segura.

He aquí el anuncio mejor: el que va en un mo-
 mento a todas partes, llevado por un periódico
 que ha de correr infinidad de manos. En él, todo
 son ventajas: cuesta poco; rueda mucho; encuen-
 tra muchos ojos que lo busquen, halla muchas
 personas que captar, y en cuanto que se le deja
 en la administración correspondiente, ya marcha
 en absoluto por sí solo, sin precisión de interven-
 ción ninguna por parte del anunciante. Un anun-
 cio en un periódico, equivale a treinta mil, cua-
 renta mil, cincuenta mil prospectos, y a tres mil,
 o cuatro mil, o cinco mil repartidores hábiles, que
 necesitarían, además, tres, o cuatro, o cinco días
 para difundirse bien.

Pero es principalmente en este anuncio donde
 hay que somesar con más cuidado palabras y
 circunstancias, para que no le falle la fortuna.
 Hay que cuidar del periódico que tenga tirada
 grande, que asegure al anuncio difusión... Hay
 que cuidar del periódico que tenga dignidad re-
 conocida, que preste al anuncio crédito. Hay que
 cuidar del periódico que tenga antigüedad tra-
 dicional, que dé al anuncio raíz. El lector de un
 periódico cualquiera, pasa por estos tres grados:

En el principio, el de curiosidad.
 Enseguida, el de adhesión.
 Y enseguida, el de costumbre.

Cuando el periódico es viejo, la adhesión y la
 costumbre forman en el lector naturaleza, ya casi,
 casi, invencible. Y aun en sus mismos anuncios,
 suele hallar el lector, frecuentemente, resonancias
 de oráculo de fuerza, que acoge con interés.

En el objeto que se va a anunciar, hay que
 examinar el nombre: importa que no se olvide...
 La redacción del anuncio tiene dificultades peli-
 grosas; hay que evitar en ella el norcicismo. De
 un anuncio no cabe proclamar:

—Oh, me salió a mi gusto, está muy bien...!
 En él, desgraciadamente, el gusto del autor no
 importa nada, el que importa es el gusto del lec-
 tor. Un escritor puede decir, acaso:
 —Yo escribo únicamente para mí...!
 Y esto, a veces, es el éxito.

Pero quien hace anuncios a su gusto y anuncia
 únicamente para sí, tiene la ruina segura. En el
 anuncio, el público lo es todo, y él encuentra el
 anuncio de su gusto, siempre que se le convence
 de que el objeto anunciado significa para él utili-
 dad. El tiene necesidad; y hallará utilidad en
 el objeto siempre que se le convence de que po-
 drá satisfacer alguna, en cuanto lo haya adqui-
 rido... El tiene necesidades, y la publicidad bien
 ordenada parece responder a las que tiene, aun
 cuando crea en él las que no tiene.

Para llamar la atención, conviene proponer en
 el anuncio las menos cosas posibles, con la menos
 retórica posible. La atención queda cautiva con
 mayor o menor intensidad, según sean más o me-
 nos esas cosas que la quieren retener, y el máxi-
 mum, por lo tanto, de probabilidades de fortu-
 na, está en la cosa que se anuncia sola. Es de
 Arren la observación, y es de Arren asimismo
 este consejo:

—No os canséis...! Repetid...!
 Repetid: el secreto de los triunfos. Tener pa-
 ciencia, es repetir también. Napoleón opinaba que
 la repetición era, realmente, la única gran figura
 de eficiencia de la retórica toda. En cierta clase
 de público, repetir significa convencer, y aun
 frente al público docto, acostumbrado al análisis,
 cuando no significa convencer, significa vacilar.

—Esto, os causará tal y tal bien...!
 Y nunca de esta manera:
 —Esto no os causará tal y tal daño...!

Es asimismo observación de Arren, quien con
 modo del verbo que conviene emplear principal-
 mente para la publicidad, señala el imperativo:

—Tomad...! Léed...! Examinad...! Pedid...!
 —Y hay que crear—añade todavía—asociaciones
 de ideas que le sean gratas al público, por medio
 sobre todo del grabado...

En un concurso de anuncios de excepcional im-
 portancia, consiguió el premio un inglés. Apare-
 cían en él varias cabezas, y entre ellas estas pa-
 labras, repartidas en tres líneas:

—Estos
 hombres
 saben...»

Luego:
 —«Digle, Aiken, Inman, Stevenson...
 Todos compraron tal mesa...»

Por qué...?
 Porque saben todos, jugadores famosos de billar,
 que tal mesa...» Etc. etc...

Y éste es un gran anuncio indiscutible, en el
 que encontró el Jurado todas las circunstancias
 necesarias para conquistar al público: retratos que
 llamaban la atención; título llamativo; texto bre-
 ve, y argumentación segura...

Hay, pues, que anunciar bien, y anunciar mu-
 cho. La técnica americana ha llegado a cuajar en
 convence de la necesidad de anunciar mucho, y
 aforismos de médula sustanciosa, la doctrina que
 Servan, verbigracia, los da así:

—No se puede triunfar sin relaciones; pero no
 se consiguen relaciones si no se anuncia conve-
 nientemente.

Anunciar, cuesta dinero; y no anunciar, aun
 cuesta más dinero.

Es bueno el que uno se conozca a sí; pero es
 mejor todavía el que conozcan a uno los demás.

El anuncio es un impuesto que carga sobre la
 renta, y que da la fortuna a quien la paga.

El anuncio es, simplemente, la distancia más
 corta imaginable de un negocio a otro nego-
 cio.

Durante las vacaciones, haced publicidad, es ne-
 cesario. Así tendréis quien trabaje en tanto que
 vosotros descansáis.

Sí, la publicidad, cuestión de oro...
 Y al fin, este dialoguillo:
 —La publicidad? Es viento.
 —Indiscutiblemente; viento en popal...!

Pero aún una observación: cuestión de oro y
 siempre que detrás de ella haya honradez. Anun-
 ciar en popa es la publicidad, sin duda alguna,
 ciar para engañar, ya no es hacer fortuna, es
 no hacer nada, ya no es ser comerciante, es ser
 gansorro, y ya no es agudeza, es tontería...

C. CABAL

NO fué poca sorpresa para los americanos informarse, por un discurso que pronunció el Senador Bilbo de Mississippi, de que 2.500.000 negros, ciudadanos de los Estados Unidos, habían firmado una moción en apoyo del proyecto del citado senador para organizar una «emigración subvencionada de negros americanos al Africa».

LOS 20 NEGROS DE HACE 320 AÑOS SON AHORA 14 MILLONES EN ESTADOS UNIDOS

Los primeros negros (20) llegaron a Jamestown (Virginia) en 1619 en un buque de guerra holandés; eran 4 millones cuando Lincoln firmó el acta de emancipación hace 76 años, son ahora 14 millones. Constituyen un problema tan grave que los americanos apenas si admiten discutirlo.

Primero, porque las condiciones del negro muestran una brecha demasiado quemante en los principios igualitarios que son base de la democracia americana. Segundo, porque es problema político en que los líderes van arriesgando miles de votos negros en el Norte y blancos en el Sur, cuando osan debatirlo. Tercero, porque parece un problema que no tiene solución. Es la minoría demográfica «de más agudos caracteres que existe en el mundo», mil veces más difícil que esas minorías que causan diarias amenazas de guerra en Europa. Dos posibilidades habían anticipado los pensadores optimistas americanos, la de que los negros se amalgamaran con los blancos y la de que edificaran, dentro de la civilización blanca, una de color propia.

PARA LOS BLANCOS DEL SUR EL PROBLEMA DE LOS NEGROS ESTA RESUELTO EN LA SITUACION QUE TIENEN

La poderosa organización «Para el Progreso de la Raza de Color» que preside Walter White, (con nombre «blanco», tez blanca, pelo rubio y ojos azules que nadie tomaría por negro) es campeona de la «amalgamación»; quiere abatir recelos y diferencias en vez de subrayarlos. Sostiene que los negros no quieren un destino diferente del resto de la población ni mucho menos un tratamiento diferente; quieren «ser americanos y hacer su camino en la vida con la misma decencia y dignidad que los demás ciudadanos de la Unión». Esta organización representa el intelectualismo negro y enrola las actividades humanistas de muchos filántropos blancos. Por una extraña paradoja su solución significa una especie de «statu quo» que se acerca mucho al deseo de los blancos del Sur.

LA SOLUCION DEL SENADOR BILBO

Sin embargo, aún en su situación miserable el negro del Sur es relativamente más feliz que el del Norte donde es un potentado sufragante cortejado por los políticos y ha entrado de lleno al disfrute de las ventajas de la civilización a la par con el blanco. El gran señor hacendado del Sur tiene «lástima por el negro educado» y no le falta razón. Ese negro educado, y el que habita en el Norte, carecen de la conformidad y resignación relativamente feliz del peón sureño. Están cogidos en la tenaza dolorosa de la inferioridad racial y de las neurosis de la vida civilizada. Nada de eso ocurre al manso negro del Sur. No hay que extrañar, por lo tanto, de que la inmensa mayoría de los 2.500.000 negros que apoyan la moción Bilbo sean negros de los Estados del Norte.

La fórmula Bilbo es la aplicación a seres humanos del «dumping» de mercaderías. Sólo que se haría con la voluntad de los emigrados y hacia tierras inhabitadas donde no habría objeción para recibirlos. Así los negros que vinieron a América contra su voluntad volverían al Africa por su libre decisión. Se les trajo como esclavos a una vida de miseria; regresarían con los medios de subsistencia asegurados por un «subsidio» del gobierno de los Estados Unidos.

10 MILLONES PODRIAN ACOGERSE AL PLAN DE EMIGRACION SUBVENCIONADA

Lo que Bilbo propuso en su discurso, que tomó más de tres horas al Senado y ocupa 25 páginas del «Diario de Sesiones», es que el tesoro de los Estados Unidos destine 1.000.000.000 de dólares a esta operación demográfica. Se adquirirían de Inglaterra y Francia, posiblemente a cuenta de sus «deudas de guerra», 400.000 millas cuadradas de tierra africana contigua a la República de Liberia, el único Estado independiente que queda en Africa.

Allí irían los voluntarios negros americanos a trabajar la tierra con sueldos que fluctuarían alrededor de 25 dólares semanales, bajo la dirección técnica de blancos americanos y en una organización militar que tendría algo de los «C. C. C. camps», creados por Roosevelt para la juventud americana desocupada, y un poco de los Batallones del Trabajo de Ley en la Alemania de Hitler. Esa sería la primera etapa «militar» de la colonización.

Así, según las palabras del Senador sureño, se alejaría el peligro de «contaminación de la raza blanca en Estados Unidos y se habría satisfecho el «anhelo místico», el soplo divino que mueve a los negros a desear un país propio».

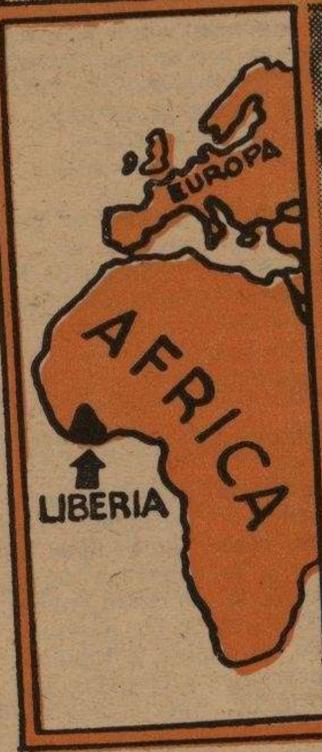
LA EMIGRACION SUBVENCIONADA DE DIEZ MILLONES DE NEGROS AMERICANOS AL AFRICA



MONROVIA



BARCLAY



BILBO



PHILADELPHIA

La vista de Monrovia muestra a un regimiento desfilando frente al Palacio Presidencial. A un grupo de damas de la alta sociedad blanca y negra. El Senador Bilbo de Misidelfia a un grupo de damas de la alta sociedad blanca y negra. El Senador Bilbo de Misidelfia a un grupo de damas de la alta sociedad blanca y negra. El Senador Bilbo de Misidelfia a un grupo de damas de la alta sociedad blanca y negra.

LIBERIA Y LA PIPA DE MATILDE SU JUANA DE ARCO

No es improbable que la mayor oposición, encubierta a lo menos, a este proyecto surja de la propia República Negra de Liberia. Allí hay unas «mil familias» descendientes de los primeros pobladores americanos, que dominan a 1.500.000 negros de tribus semi-salvajes y que no querían compartir este cómodo cetro con inmigrantes «civilizados del otro lado del Atlántico». La República de Liberia tuvo su origen en la misma inspiración generosa y liberadora de Bilbo; sociedades filantrópicas organizaron la emigración negra al Africa y el año 1822 llegaron los primeros a instalarse cerca de lo que hoy es Monrovia, la capital. Las cosas no marcharon al paladar de los utópicos animadores de la idea. Los «peregrinos» negros encontraron en Africa una más dura resistencia de los nativos que la que hallaron los peregrinos de Plymouth entre los indios de América. Hubo guerras y matanzas hasta que al fin el 26 de julio de 1847 fué proclamada la República de Liberia que existe hasta hoy día. Heroína de esa epopeya fué Matilde, la Juana de Arco de Liberia, una negrita americana que fumaba pipa.

Cuando los negros «salvajes» estaban a punto de aniquilar a los inmigrantes con cañones que les había arrebatado, Matilde logró mezclarse entre los «rebeldes» y con el fuego de su pipa hizo estallar un polvorín que aniquiló a los enemigos y aseguró la libertad de Liberia. En el Obelisco que se

alza hoy día en la Plaza de la Concordia, frente al Congreso, está tallada Matilde, que es el emblema de la república.

LA TIERRA Y EL HOMBRE LIBERIANO

Las mil familias liberianas tienen políticas y golpes de Estado en lucha, pero ofrecen un frente unido a «los blancos» y a toda intervención extranjera. Entre ellas al infinito y los nombres en los cargos públicos son King, Coopers, Dennis, Graham y Simpson. Los cultivos de goma de Firestone, la médula de la vida económica en la república del ébano ha tentado frustremente a la aristocracia liberiana. Hace muy poco la Liga de las Naciones tuvo que intervenir en el caso liberiano en el cual resultó con el presidente King como el más débil de los comerciantes en esclavos, era el más débil de los comerciantes en esclavos, era el más débil de los comerciantes en esclavos.

Más de un millón de hectáreas están dedicadas a los cultivos de goma allí sólo donde el trabajador negro con algún confort de civilización del sueño sigue diezmando a la tierra inhospitalaria donde reinan las serpientes venenosas, habita el «gigante», pululan tres especies de cocodrilos y se cierne la amenaza siniestra de la culebra «pitón».

Nuevo Plan de Lotería, a Partir del

Sorteo el día 14 de Junio

BILLETES CON TERMINALES

EL PLAN DEL MILLON

1 Premio	Mayor de	\$ 70,000.00
1 "	Segundo de	" 10,000.00
1 "	Tercero de	" 5,000.00
10 Premios	de	" 500.00
20	"	" 100.00

18 Premios de \$1,500.00 cada uno a los tres terminales del primer premio. Cada fracción gana \$15.00, la hoja \$150.00 y el entero \$1,500.00.

18 Premios de \$500.00 a los tres terminales del segundo premio. Cada fracción gana \$5.00, la hoja \$50.00 y el billete entero \$500.00.

18 Premios de \$200.00 a los tres terminales del tercer premio. Cada fracción gana \$2.00, la hoja \$20.00 y el billete entero \$200.00.

1,029 Premios de \$60.00. 2 Aproximaciones anterior y posterior al Primer Premio de \$500.00.

2 Aproximaciones, anterior y posterior al Segundo Premio, de \$200.00.

2 Aproximaciones, anterior y posterior al Tercer Premio, de \$120.00.

99 Aproximaciones al resto de la centena del Primer Premio, de \$60.00.

99 Aproximaciones al resto de la centena del Segundo Premio, de \$60.00.

99 Aproximaciones al resto de la centena del Tercer Premio, de \$60.00.

1,419 oportunidades con \$213,800.00 en Premios.

Al jugar su billete y tener derecho al Plan de Lotería y a un Premio Mayor de \$70,000.00, a la vez está jugando su terminal, que puede ganar \$1,500.00, \$500.00 y \$200.00.

LA VUELTA AL

MUNDO del BUEN HUMOR



UN ESCOCES VIEJO
 —Pero ¿cómo, señor general? ¿por-
 que vestido así?
 —Ah, muchachos: a mis años no
 puedo andar como vosotros ense-
 ñando las piernas.



AMOR 1939
 —Oh, querida: me
 encantan tus gran-
 des ojos vidriohos y
 tu perfume de car-
 bonato de sodá.



NO HAY ARREGLO
 —Todo se arreglaría con
 una policía internacional.
 —Bien; pero ¿como dirías
 subsecuente, apaciguar
 o atemperar, en extranjero?



EN CASA DEL MEDICO
 Bueno; dígame: ¿cómo
 duerme?
 —¿Yo? ¡Así!



NOVIOS DES-INTERESADO

—Daremos a
 Ernestina 200.000
 francos de dote y
 el «trousseau».
 —Es muy razo-
 nable; pero, ¿quie-
 re confirmarse en
 detalle, y por es-
 crito, todo eso?

DEUDA DE HONOR

—Es absoluta-
 mente indispen-
 sable que me pres-
 tes cuatro pesos;
 se trata de el hon-
 nor.
 —No tengo más
 que dos pesos.
 —Bueno: salva-
 ré sólo la mitad.

